

EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOQUINTO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, No 4

1870

EL

CORREO DE ULTRAMAR

LA LINGÜÍSTICA ILLUSTRADA

TOMO TRIGESIMOCUINTO



LA LINGÜÍSTICA

LA LINGÜÍSTICA

LA LINGÜÍSTICA

LA LINGÜÍSTICA

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO TRIGÉSIMOQUINTO

Número 885.					
H. Rochefort (grabado)	Págs.	1	<i>Sueño de Amor</i> , ópera cómica en tres actos (música)	Págs.	61
E. Arago (grabado)		2	La casa de Cardona		62
Definiciones del amor	id.		Problemas de ajedrez (grabado)		63
El Concilio ecuménico (grabados)		4	El mundo de las flores (grabado)		64
Revista de Paris		6	Teatro de Folies-Dramatiques (grabado)		id.
Poesías		7	Número 889.		
Inauguración del canal de Suez (grabados)		8	M. Mauricio Richar, ministro de Bellas Artes de Francia (grabado)		65
La mujer de los siete maridos		10	Revista española		id.
Los crímenes de Troppmann (grabados)		12	Cuento de Edgardo Poe		67
Cuadros de la naturaleza (grabado)		13	Nafragio de la <i>Gorgone</i> : El alférez Mage (grabados)		68
Los dos millonarios		14	Maravillas de la arquitectura india (grabados)		69
Visiones	id.		Revista de Paris		70
Problemas de ajedrez (grabado)		16	Poesías		71
Recolección del ámbar en las cercanías de Memel (grabado)	id.		El nuevo ministerio francés (grabado)		id.
Número 886.			Estudios históricos		74
La duquesa de Aumale (grabado)		17	Un ensayo general (grabados)		76
Definiciones del amor	id.		La casa de Cardona		78
Poesías		18	Las Landas (grabados)		79
La miseria en Londres (grabado)		19	Número 890.		
Revista de Paris		22	Nuevas adquisiciones del Jardín de Plantas de Paris (grabado)		82
El Concilio ecuménico (grabados)		23	Crítica literaria		id.
La mujer de los siete maridos		26	La fiesta de Reyes en Madrid (grabado)		83
Nuevo Paris: el <i>Splendide hotel</i> (grabado)		27	El nuevo camino del Schyn Pass (grabado)		86
Con la edad cambian los gustos (grabados)		29	Revista de Paris		id.
Visiones		30	Poesía		87
El cerrajero de Filadelfia		31	El drama de Auteuil (grabado)		id.
Teatro de los Bufos Parisienses: la <i>Princesa de Trebisonda</i> (grabado)		32	Cuento de Edgardo Poe		90
Número 887.			Maravillas de la arquitectura india (grabados)		92
El cautivo		33	La casa de Cardona		94
Teatro de la Opera Cómica (grabado)	id.		Problemas de ajedrez (grabado)		95
De la influencia de la educación y de la mujer en la civilización de los pueblos		34	El nuevo Paris: Fachada del Conservatorio de Artes y Oficios (grabado)		96
El castillo de Pierrefonds (grabado)		37	Número 891.		
Celebración de la misa en el hospicio de los Sordomudos de Paris (grabado)		38	El príncipe Pedro Bonaparte (grabado)		97
Revista de Paris	id.		La gratitud cristiana		id.
Poesías		39	El drama de Auteuil (grabados)		100
El istmo de Suez (grabados)	id.		Revista de Paris		102
La mujer de los siete maridos		42	¿Qué será el invierno de 1869-70?		103
Visiones	id.		Cacería en los montes de Toledo (grabado)		104
Costumbres japonesas (grabados)		43	Las cañoneras españolas (grabado)		id.
Estudios de carnaval comparado, por Cham (grabados)		45	La pesca de langostinos (grabado)		id.
El cerrajero de Filadelfia		46	Los muertos vivos		106
La casa de Cardona		47	Maravillas de la arquitectura india (grabados)		107
Un ataque de lobos (grabado)		48	La casa de Cardona		108
Java, Siam, Canton (grabado)	id.		Las señales del tiempo (grabados)		109
Número 888.			Problemas de ajedrez (grabado)		112
El Concilio ecuménico (grabado)		49	Cercanías de Paris (grabado)		id.
El amor criminal en la literatura		50	Número 892.		
M. Emile Ollivier (grabado)		51	El Creusot: Las tropas instaladas en los talleres (grabado)		113
Nafragio del vapor <i>Seine-et-Tamise</i> (grabado)		54	La gratitud cristiana		114
Revista de Paris	id.		Las barbas y los barberos		115
Discurso de apertura del Concilio ecuménico (grabado)		55	El Creusot (grabados)		id.
El cautivo		58	Revista de Paris		118
Estudios históricos		59	Viaje de la <i>Berenguela</i> al istmo de Suez		119
Julia Grisi (grabado)		60	Número 893.		
Número 889.			El Doctor Témis		122
Número 890.			El Concilio ecuménico (grabados)		123
Número 891.			Vestiduras sacerdotales del papa (grabados)		124
Número 892.			Roma: La <i>Befana</i> , fiesta de la Epifanía (grabado)		125
Número 893.			La casa de Cardona		126
Número 894.			Archibaldo Boardman Boyd, propietario y redactor del <i>Panama Star and Herald</i> (grabado)		127
Número 895.			Las demoliciones de Paris: El hotel Delessert, en la calle Montmartre (grabado)		128
Número 896.			Número 893.		
Número 897.			Monseñor Freppel (grabado)		129
Número 898.			Viaje de la <i>Berenguela</i> al istmo de Suez		id.
Número 899.			Los sochantres de la capilla Sixtina (grabado)		131
Número 900.			Curiosidades parisenses: El comercio de periódicos (grabado)		id.
Número 901.			Revista de Paris		134
Número 902.			Poesías		135
Número 903.			El ferrocarril de Alais á Brioude (grabados)		136
Número 904.			La casa de Cardona		138
Número 905.			El doctor Nachtigal y su viaje al centro del Africa (grabado)		139
Número 906.			Una invención americana (grabado)		id.
Número 907.			Bellas Artes (grabados)		140
Número 908.			El Doctor Témis		141
Número 909.			Problemas de ajedrez (grabado)		144
Número 910.			Embellecimientos de Paris (grabados)		id.
Número 911.			Número 894.		
Número 912.			Los sucesos de los días 7, 8 y 9 de febrero en Paris (grabados)		146
Número 913.			Revista española		id.
Número 914.			El nuevo teatro de la Opera en Paris (grabados)		150
Número 915.			Revista de Paris		id.
Número 916.			Poesías		151
Número 917.			Las demoliciones de Luxemburgo (grabados)		id.
Número 918.			El Doctor Témis		154
Número 919.			Maravillas de la arquitectura india (grabados)		156
Número 920.			Matilde Sessi, del Teatro Imperial Italiano de Paris (grabado)		id.
Número 921.			Correspondencia del Havre (grabado)		157
Número 922.			La Torre de la Cautiva		id.
Número 923.			Consideraciones sobre la imprenta		159
Número 924.			La estatua ecuestre de Colleone (grabado)		160
Número 925.			Rectificación		id.
Número 926.			Número 895.		
Número 927.			Los sucesos de los días 7, 8 y 9 de febrero en Paris (grabados)		161
Número 928.			Viaje de la <i>Berenguela</i> al istmo de Suez		162
Número 929.			M. Gladstone (grabado)		165
Número 930.			Revista de Paris		166
Número 931.			Poesías		167
Número 932.			El barre-nieve en los ferrocarriles americanos (grabado)		id.
Número 933.			Catástrofe del boulevard Jourdan en Marsella (grabado)		169
Número 934.			El Doctor Témis		170
Número 935.			Maravillas de la arquitectura india (grabados)		171
Número 936.			Consideraciones sobre la imprenta		174
Número 937.			Ferrocarril de Alais á Brioude (grabados)		175

u

INDICE

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 896.		Número 901.		Número 906.	
La casa de Jorge Sand en Nohant (grabado)	177	Circo galo-romano descubierto en Paris (grabado)	256	El complot (grabado)	337
Viaje de la <i>Berenguela</i> al istmo de Suez	178	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Fiesta literaria en Madrid	338
El baile del Hotel de Villa (grabado)	180			Las reuniones plebiscitarias en Paris (grabado)	339
El invierno de 1870 en Paris (grabado)	181	La huelga del Creusot (grabados)	257	Los bandidos de Maraton (grabado)	342
El fuco (grabado)	182	Literatura	258	Revista de Paris	id.
Revista de Paris	id.	Estudios históricos	259	Poesía	343
Poesías	183	Exposicion canina en los Campos Eliseos (grabados)	id.	Una carta de amores	id.
El Cuerpo legislativo francés en 1870 (grabado)	id.	Revista de Paris	262	Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	345
El Doctor Témis	186	Poesía	263	El Doctor Témis	346
Maravillas de la arquitectura india (grabados)	188	El campo de batalla de Solferino (grabados)	265	El incendio de la calle Chaptal en Paris (grabados)	348
Consideraciones sobre la imprenta	189	El capitán Cook	266	El príncipe Demidoff (grabados)	349
Viajes	191	Adriano Brauwer	id.	Literatura dramática	350
Embellecimientos de Paris (grabado)	192	La cureña de báscula, sistema Moncriff (grabados)	268	Las bombas (grabados)	351
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	La nueva estacion de invierno en el cabo de Antibes (grabados)	270	Número 907.	
Número 897.		El Doctor Témis	id.	El drama de Maraton (grabado)	353
El príncipe real y la princesa real de Dinamarca (gra- bados)	193	Nuevas adquisiciones del Jardin de aclimatacion de Paris (grabado)	272	Revista española	354
Viaje de la <i>Berenguela</i> al istmo de Suez	194	Número 902.		El plebiscito de 1870 (grabados)	355
La caza del elefante	id.	Los jesuitas: El R. P. Beckx, general de la Compañía de Jesus (grabado)	273	Revista de Paris	358
Manifestacion de obreros en Madrid (grabado)	195	Revista española	274	Fiesta literaria en Madrid	359
Fiesta carnavalesca en Barcelona (grabado)	198	El empedrado de Paris (grabados)	278	Literatura dramática	362
Revista de Paris	id.	Obras submarinas emprendidas en la bahía de Char- leston (grabado)	id.	Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	363
Poesía	199	Revista de Paris	id.	El Doctor Témis	366
Maravillas de la arquitectura india (grabados)	200	Poesía	279	Problemas de ajedrez (grabado)	367
El Doctor Témis	202	La Habana (grabados)	id.	Paseos de Paris: El square del Temple (grabado)	id.
El reino de Siam (grabados)	204	Adriano Brauwer	282	Número 908.	
Viajes	id.	Aventura de un estudiante alemán	id.	Los desórdenes de Paris (grabados)	369
Los caballos rusos (grabados)	207	Estudios sobre la luz, por Cham (grabados)	284	Fiesta literaria en Madrid	370
Número 898.		El Doctor Témis	286	Revista de Paris	374
Estudiantina en Paris (grabado)	210	Problemas de ajedrez (grabado)	288	Poesías	375
Revista española	id.	Monseñor Strossmayer, prelado de Croacia (grabado)	id.	Crítica literaria	id.
El carnaval en Venecia (grabado)	213	Número 903.		Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	378
El Observatorio de Paris: M. Delaunay (grabado)	id.	Revista de los Cien Guardias en el palacio de la In- dustria (grabado)	289	Literatura dramática	id.
Prisiones en Paris (grabado)	id.	Estudios históricos	290	El incendio de Elbeuf (grabado)	379
Revista de Paris	214	Las regatas en el Támesis (grabado)	292	Señales para los ferro-carriles, propuestas por Cham (grabados)	381
Poesía	215	Isla de Cuba: Notas de viaje (grabados)	294	El Doctor Témis	382
Viaductos metálicos de la línea de Commentry á Gan- nat (grabados)	id.	Revista de Paris	id.	Vestidura imperial encontrada en el palacio de Estio (grabado)	384
Las quintas en Paris (grabado)	216	Lo que son notabilidades	295	Número 909.	
Reseña histórica de la Universidad de Alcalá de He- nares	217	<i>Ferry-boats</i> de la Mancha (grabados)	298	El duque de Grammont (grabado)	385
Viajes	218	Literatura dramática	id.	Fiesta literaria en Madrid	id.
La Galería de San Donato (grabados)	219	Las habitaciones de S. A. I. el príncipe Napoleon en el Palacio Real (grabado)	300	Los nuevos ministros franceses (grabados)	388
El Doctor Témis	222	Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	301	Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	389
Problemas de ajedrez (grabado)	223	El Doctor Témis	302	Revista de Paris	390
Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	224	Banquete de familia (grabado)	304	Poesía	391
Número 899.		Número 904.		La presentacion del plebiscito (grabado)	id.
El Alto Tribunal de Justicia en Tours (grabados)	225	Diez y ocho dias en la cárcel de Mazas (grabados)	306	El Doctor Témis	394
Viajes	226	Fiesta literaria en Madrid	id.	La velada en la aldea (grabados)	397
Una aventura de lord Byron	227	Los sucesos de España (grabados)	308	Literatura dramática	398
Revista de Paris	230	Revista de Paris	310	Problemas de ajedrez (grabado)	400
Poesía	231	Poesías	311	Los paseos de Paris (grabados)	id.
Fallecimiento y funeral de Monseñor de Bonald, car- denal arzobispo de Lyon (grabado)	id.	El Doctor Témis	314	Número 910.	
Sucesos de España (grabado)	234	La Primavera (grabado)	317	Sucesos del Paraguay (grabado)	401
La caza del elefante	id.	Literatura dramática	318	Crítica literaria	402
La sétima esposa, novela china	id.	La isla de Cuba (grabados)	319	Accidente en el ferro-carril de Poitiers (grabado)	403
Enrique de Riancey, escritor francés (grabado)	236	Número 905.		Correspondencia de Egipto (grabado)	id.
Epidemia de viruelas en Paris (grabado)	id.	M. Marie (grabado)	321	Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	id.
Embellecimientos de Marsella (grabado)	237	Fiesta literaria en Madrid	id.	Revista de Paris	406
El Doctor Témis	238	La duquesa de Berry (grabados)	323	Una soirée en mi tierra	407
Puerto de Burdeos (grabado)	240	El plebiscito: El comité central plebiscitario (grabado)	325	Literatura dramática	410
Número 900.		Revista de Paris	326	El Caballero del Cisne	411
El desafío del duque de Montpensier y de Don Enri- que de Borbon (grabados)	241	La Caridad	327	La torre de Belem y el claustro de San Gerónimo en Portugal (grabados)	414
Estudios históricos: El reinado de Don Alfonso el Sabio	242	Las huelgas de Francia (grabados)	id.	El baño de los caballos en el Sena (grabados)	id.
Revista de Paris	246	La tormenta del 18 de abril en Lisboa (grabado)	330	El Doctor Témis	id.
El Alto Tribunal de Justicia en Tours (grabados)	247	Literatura dramática	id.	M. Enrique Meiggs, constructor de los ferro-carriles de los Andes en el Perú (grabado)	415
Angela	250	El anfiteatro galo-romano descubierto en Paris (gra- bados)	331	Una aldea desconocida (grabado)	416
La sétima esposa, novela china	251	La cascada del bosque de Vincennes (grabado)	334		
Embellecimientos de Marsella (grabado)	id.	El Doctor Témis	id.		
El Doctor Témis	254	Problemas de ajedrez (grabado)	335		
		Exposicion de 1870 en el palacio de la Industria (gra- bados)	336		

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 1° de *la Moda*.

1870. — Tomo XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 885.

SUMARIO.

H. Rochefort; grabado. — **E. Arago**; grabado. — **Definiciones del amor**. — **El Concilio ecuménico**; grabados. — **Revista de París**. — **Poesías**. — **Inauguración del canal de Suez**; grabados. — **La mujer de los siete maridos**, novela original por **Julio Nombela**. — **Los crímenes de Troppmann**; grabados. — **Cuadros de la naturaleza**; grabado. — **Los dos millones**, por **Zschokke**, traducido del alemán. — **Visiones**. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **Recolección del ámbar en las cercanías de Mœmel**; grabado.

H. Rochefort.

Si se nos pregunta cómo y por qué M. H. Rochefort ha sido el candidato favorito en la 4ª circunscripción de París en las elecciones del 29 de noviembre, responderemos que la primera circunscripción ha querido verse representada por el autor de la *Linterna*.

Si se insiste en preguntarnos cómo y por qué la 4ª circunscripción ha querido poner en primera línea al autor de vaudevilles, al redactor de diarios secundarios y al creador de la *Linterna*, responderemos con esta ex-

clamación mil veces repetida en las reuniones públicas: — Queremos nombrar á M. H. Rochefort, porque ha tenido valor para decir alto lo que nosotros decíamos en voz baja.

Y esa es, con efecto, la historia de la elección de la 4ª circunscripción de París, que ha apasionado tanto al público parisiense y preocupado á la Europa.

Ahora bien, en el día que podemos juzgar los resultados generales de esta elección, decimos lo siguiente:

¿Cómo hará M. Rochefort para poner en práctica la teoría de los diputados radicales que han aceptado mas ó menos el mandato imperativo?

¿Cómo hará M. Rochefort para expresar á la luz del



E. ARAGO, diputado de la octava circunscripción de París.

día los deseos de lo que hoy se llama la oposicion radical irreconciliable?

Trabajo le costará, sin duda alguna, ponerse en regla con los electores que, mediante el mandato imperativo, quieren precaverse contra defecciones como las de M. Darimon y M. Ollivier. Trabajo le costará entenderse con su comité y su correligionario M. Raspail, para establecer en el Cuerpo legislativo una corriente favorable á las reivindicaciones del trabajo y del principio de asociacion.

Sin embargo, nosotros que no somos mas que los historiadores de hechos consumados, debemos decir que el día en que por primera vez M. Rochefort tomó la palabra, sorprendió á la Cámara por la calma de su actitud y la moderacion de su lenguaje. Esto nos prueba una vez mas cuán exacto es este dicho de un hombre de la revolucion: « Un jacobino ministro no es jamás un ministro jacobino. »

H. V.

E. Arago.

¿Por qué no diríamos en alta voz, acerca de la eleccion de M. Arago, lo que se ha dicho en voz baja: « Es hijo de su padre? »

¿M. E. Arago no tiene pues mas que los títulos que le da su gloriosa genealogía? Afirmarlo seria injusto. El honorable representante de la 8ª circunscripcion es uno de los miembros mas estimados del foro de Paris, y por lo que toca á las ideas democráticas, ha podido despertar recuerdos que representan á los ojos de la democracia servicios muy meritorios.

El gobierno provisional le envió de comisario de la república á Lyon, y allí sirvió á la causa de la libertad y del orden con un celo de que puede enorgullecerse.

Para desembarazarse de las bandas de miserables que cada día sitiaban la Prefectura, organizó las compañías de los *Coriaces*, los *Voraces*, y los *Ventre-Creux*. Era mucho, y á propósito de esta organizacion, tuvo con un conservador el siguiente diálogo:

— ¿Qué compañías habeis formado!

— ¿Cómo preferís á las turbas? ¿Con disciplina ó sin ella?

Al volver á la vida política, puede decirse que M. E. Arago es hoy lo que era en 1848, un hombre firme en sus convicciones, y resuelto á hacer prevalecer el voto de toda la Francia, el gobierno del pais por el pais.

H. V.

Definiciones del amor.

I.

Amor, en latin *Amor*; en griego *Eros*. En la mitología de Hesiodo y de Orfeo, Eros era el mas antiguo de los dioses; fué quien dió el primer movimiento al caos, haciendo salir las tinieblas que produjeron el éter y el día. Bajo este símbolo designaban la idea sublime del amor creador, que anima y fecundiza el universo. Entre los poetas de los siglos siguientes, *Amor* es hijo de Marte y de Vénus, es el dios de la pasion designada con este nombre, el mas bello entre los inmortales: se le representa en figura de niño, armado de saetas y aljaba, y algunas veces con los ojos vendados. Es asimismo un mozo en la flor de su edad, como en la historia de Psiquis.

Los griegos establecian una notable diferencia entre el *Amor* y *Cupido*: al primero le llamaban *imeros*, y al segundo *eros*: el uno, suave y moderado, inspiraba á los sabios; el otro, exaltado y violento, arrebatava á los locos. Este último es el que dió lugar á decir que Júpiter quiso obligar á Vénus á separarse de él, previendo los males que causaria. Para librarle de la persecucion y de la ira del padre de los dioses, Vénus ocultó su hijo en los bosques, donde mamó la leche de las fieras. Y en cuanto pudo manejar el arco, se sirvió de él para su defensa; empleó el ciprés para labrar flechas, y ensayó en los animales los tiros que preparaba contra los hombres.

Llámase amor la sensacion de placer mas universal en la naturaleza, entre todos los seres organizados, la cual desarrollándose en su edad viril, preside á su reproduccion, crea, enriquece y renueva sin cesar el mundo. Es una llama que consume la existencia, para trasmitirla á otros seres.

Amar es sincopado del verbo *animar*; el amor es la manifestacion del *alma* ó del principio que vivifica. Los minerales, todos los cuerpos inanimados é inorgánicos, pueden mostrar afinidades y atracciones químicas entre sus elementos moleculares; pero solo los seres organizados pueden amar, porque solo ellos se reproducen. Las plantas, así como los animales, siendo de sexos diferentes, indican esta invencible inclinacion á unirse para propagarse: es una necesidad de instinto, espontánea ó convertida en imperiosa por el atractivo del placer.

Los vegetales y animales *ágomos*, ó sin sexo aparente y conocido, como los *zoófitos*, las *algas*, solo se reproducen por vástagos, botones ó tallos desprendidos del tronco materno. Este modo de generacion, no siendo otra cosa que la extension del aumento ó nutricion, no supo-

ne ni exige en estos seres la sensacion del amor, ni aun en aquellos que presentan señales de sensibilidad, como los pólipos, las hidras, etc.

Otros seres, los *criptógamos*, tales como los musgos y helechos entre las plantas, y muchos gusanos entre los animales, que apenas descubren órganos sexuales, se reproducen con tan yerta insensibilidad, que solo constituye un acto mecánico ó puramente orgánico.

Entre los vegetales y los *hermafroditas*, esto es, aquellos que reunen en el mismo individuo las partes sexuales masculinas y femeninas, la sensacion del amor debe ser descabada, porque, por la continua union de sexos y por la facilidad de satisfacer á la ley de la reproduccion, queda adormecido el deseo en cuanto nace. La planta *hermafrodita* ve el lecho nupcial de sus flores convertirse en teatro inocente de sus púdicos placeres. Sin embargo, hay muchas especies de flores que manifiestan, principalmente en sus estambres, movimientos espontáneos hácia el pistilo para el acto de la fecundacion. Varios autores han presumido que estos órganos delicados acaso no se hallan exentos de cierta impresion de placer; si es verdad que la irritabilidad de las fibras vegetales, así como de los animales, derive de una sensibilidad latente.

Pero á medida que es mayor la separacion de los sexos en individuos diferentes y apartados, la necesidad del concurso reproductivo se hace tanto mas viva é intensa cuanto es mas rara y difícil. Por esta misma combinacion, los sexos desunidos, aspirando á reunirse, no pueden conseguir este objeto de sus anhelos sino por medio de la locomocion, á menos que la naturaleza haya cuidado de dispersar por medio del viento el germen fecundante del género masculino á los piés de las plantas femeninas, como acontece en los vegetales *dioicos*.

Además de la locomocion, requieranse en los animales de sexos separados sentidos para reconocerse en cada especie. De aquí las diversas disposiciones de sensibilidad que distinguen á los animales mas perfectos: de ahí los diversos modos de amor y sus goces. Desde luego se deja entender que las razas mas sensibles del reino animal han de ser las mas agitadas por la pasion del amor, principalmente entre las mas separadas, y que con mayor dificultad pueden reunirse. En los insectos y otros animales articulados de clases inferiores, la vida es corta, y el amor no tiene mas que una temporada rápida y única; es mas bien un instinto espontáneo que airae á estos seres; sucediendo en ellos la muerte al goce, principalmente en los del género masculino.

Los animales organizados de vértebras, de sangre fria, tienen amores lánguidos y prolongados, dirigidos mas bien á la fecundacion de los huevos, como en los peces, que á las mismas hembras. Los reptiles permanecen dias enteros en cópula, así como la mayor parte de los *moluscos*, de los cuales unos son *andrójinos*, y se juntan en cópula recíproca, y los otros no presentan sino un sexo. Aunque la antigüedad ingeniosa haya hecho nacer á *Afródite* (Vénus) de la espuma de las olas, y haya consagrado á esta madre de los amores las conchas marinas, tan fecundas y variadas en su modo de reproducirse, parece que la frialdad de la sensibilidad de estas extingue sus placeres.

Entre los seres de sangre ardiente, como los pájaros, resplandece el amor con todo el fuego capaz de alimentacion en la posicion de sus órganos reproductivos, los papagayos y las otras castas volátiles no cometen un crimen. Sin embargo, en los mamíferos (permítasenos la expresion), las atenciones delicadas del macho hacia la hembra, y el amor, en fin, ocupa un lugar importante.

Los mamíferos, aunque no son tan sensibles en sus sensaciones de las delicias maternales se agrede con el pecho, y los contactos: ya se notan enlaces de amor en la nueva familia; ya se halaga con caricias y juegos, en que las diferencias, suscitan celos y rivalidades. El amor, en fin, ocupa un lugar importante, y se repite en épocas sucesivas entre las especies mejor aliadas.

La especie humana debe ser considerada en excelencia de su amor respaldado por los sentimientos. Además de la desinclinacion un contacto universal, el hombre es capaz de reprimir sus pasiones por el corazon y el entendimiento; le conmueve el amor, se embriaga tanto con los sentimientos físicos: su sociabilidad se multiplica con el lenguaje, los intereses que de ellas emanan, la necesidad de su familia; todo le hace mas tierno, si escucha las palabras de amor, así como el mas conmovedor.

Por tanto la extension de la vida es para él un manantial inagotable por una suerte de compensacion.

El amor viene á ser pues el principio de la especie humana. La mujer, ya sea como virgen, ya sea como madre inquieta por sus sus zozobras, si corresponden á sus sacrificios; es el ser mas amado.

Siendo esencia del amor el amor, y llevado el amor á la union de los cuerpos com-

fusion necesaria para la trasmision de la vida á un nuevo ser. Segun la hermosa fábula de Platon, al principio vivian unidos los dos sexos en buena armonía, y despues que Júpiter los separó, cada uno aspira á recobrar lo que le falta, para reconstituir aquella unidad primordial que forma la especie completa.

En la física se ve así mismo que cada iman, cada pila eléctrica, presenta dos polos opuestos, y sin embargo, necesarios uno y otro para establecer el equilibrio y la unidad: la atraccion polar es mas fuerte á medida que se hace mas considerable. Del mismo modo, el amor se exalta y se enardece con los obstáculos y se alimenta con las dificultades. Los individuos demasiado análogos entre sí luchan ó son rivales, en tanto que la atraccion nace de lo contrario entre el hombre y la mujer.

La armonía del *casamiento* resulta de prendas concordantes, aunque diversas, como las voces en un concierto. Puede decirse que todo el universo se halla sometido de este modo á la ley del amor y del odio, ó de la atraccion y de la repulsion: ley de *popularidad* en las grandes moles inorgánicas, así como en las moléculas imperceptibles: ley de reproduccion y destruccion en la naturaleza organizada, ley de sociedad y de ruina en el mundo moral é intelectual, que constituye el círculo eterno de los destinos, *circulus æterni motus*.

II.

AXIOMAS SOBRE EL AMOR.

— La mujer ama mas que el hombre porque sacrifica mas.

— El amor puro ó desinteresado es la ficcion mas noble de las almas bellas: es la privacion del egoísmo.

— La mujer ó ama ó aborrece; el hombre admira ó desprecia.

— El deseo de gozar no es amor por lo comun.

— El amor se desflora con la publicidad; el secreto le conserva su virginidad.

— El amor verdadero hace castos sus placeres; es mas bien una virtud que una pasion.

— El heroísmo es un amor excesivo que induce á sacrificar la propia vida: aspira á la muerte.

— El amor físico destruye el amor divino.

— El que tiene mas valor es mas susceptible de amar; la cobardía no es hermana con el amor.

— El amor precipita las generaciones.

— La mujer ama con el corazon, el hombre con el entendimiento.

— Los ignorantes aman demasiado; las gentes de talento demasiado poco.

— El amor aviva el entendimiento á las mujeres, y se lo quita á los hombres.

— Un majadero no debe pretender ser amado.

— Las almas débiles aman á todos, las tiernas solo aman bien á un objeto.

— El amor y la avaricia no pueden hallarse juntos.

— La juventud ama con demasiado ardor, y la vejez con demasiada flojedad.

abertura del tubo exhala un olor penetrante, como se nota mas particularmente en la del azafran. Este perfume irrita los estambres y los pone en un estado de orgasmo. Segun las diversas especies, manifiestan movimientos de undulacion, de inflexion, de contraccion. Se aproximan, abren sus cajitas; las vacian, y vuelven á ocupar su primera posicion.

El *polen* recibido por la abertura baja por el pistilo al ovario y lo fecunda. Fórmase el embrión, nútrelo la savia, caliéntalo el sol, y los céfiros le mecen. Pronto crece de tal manera que rompe las paredes del ovario, quíbrase el cordón umbilical, cae el embrión al pié de la madre, y esta conserva, como se ve en muchas especies, la cicatriz de la ligadura por donde estaba adherido á ella. Si nace sobre una colina, lleva en la cabeza un penacho, por el que es suspendido por el aire; si por el contrario ha nacido á la orilla del agua, tiene forma navicular, se embarca y navega hasta que halla una costa donde poder formar un establecimiento favorable.

En otras especies se le ve armado de puntas, de ganchos, de anzuelos con los cuales se adhiere á las hojas, á los animales, á todo cuanto se mueve. En esta época del año se halla la tierra alfombrada, las aguas cubiertas y lleno el aire de millones de huerfanillos, que separados de sus madres se agregan á todos los seres que pueden auxiliarles en el desarrollo de su naciente existencia.

Séame permitido hacer aquí una pausa para admirar la sábia naturaleza que ha concedido á las flores *dioicas*, ó de sexos diferentes y separados en troncos diversos, mayor cantidad de *polen* que á las flores hermafroditas, cuyos sexos cercanos tienen menos pérdidas que experimentar: no asombra menos el cuidado que ha tenido de pulverizar en partículas impalpables aquellos gérmenes regeneradores que arrebatan los vientos.

En el análisis químico, estos polvos dan un glúten ó una especie de materia *animalizada*, como si hubiese querido la naturaleza, destinándolos á ser el elemento de la reproducción, colocarlos en una altura mas elevada en la escala de los seres. La naturaleza, previendo que sería perdida la mayor parte de estos polvos, los ha prodigado en gran manera; pues se han llegado á contar hasta sesenta mil semillas en el *hybiscus cyriacus*.

Puede decirse que en la parte femenina de las plantas hay una sensación que se asemeja al pudor. Los machos acometen y las hembras esperan; pero estas, así como en el reino inmediato, se hallan provistas de un olor estimulante que irrita al macho y le pone en aquel grado de energía en que el exceso de vida rebosa para transmitirse.

El *lilium pomponium* y el *fagus castanus* descubren su vehemencia por el olor que exhalan en la primavera. En otras familias vegetales se descubren aun cosas mas peregrinas; el órgano masculino se halla situado debajo del femenino, en lugar de dominarle. Las *fritularias-meleagras*, las *campanulas*, las *ancolias* se hubieran visto condenadas á una perpétua esterilidad, si en el momento de la eflorescencia, la naturaleza no hubiese cuidado de volver el lecho nupcial, colocando lo de arriba abajo, movimiento que coloca á los maridos en la posición superior que les es conveniente, y despues de la fecundacion, el lecho vuelve á su natural estado.

Las ninfas, las *hidrocaris*, cuyas raíces están en el agua, no hubieran podido reproducirse, si no estuviesen colocadas sobre pedúnculos elásticos que las permiten extenderse ó encogerse segun la altura del agua, á cuya superficie van á abrirse y reproducirse. El macho de la *valmiera spiralis* se halla todavía en el fondo del agua, cuando su hembra ostenta todos sus atractivos en la superficie; pero al fin lo llama con tal poder, que este rompe su tronco, se lanza desde el fondo del agua, y va á abrirse y á morir en el regazo de su esposa. Leandro, atravesando á nado un brazo de mar, no se vió impelido por una pasión mas fogosa. La poligamia, que es habitual en el reino vegetal, se funda en la misma naturaleza de estos séres, cuyo número de machos es infinitamente superior al de las hembras.

Obsérvanse, sin embargo, muchos monógamos, cuyas castas esposas viven en las aguas de las fuentes, como si la naturaleza hubiese querido templar con baños frios el ardor amoroso.

La mayor parte de las otras especies, tienen desde los hasta cien maridos. La esposa sostiene una especie de serrallo, en cuyo centro reina durante una estación, vengando así las hembras vegetales á las humanas, que en una parte del Asia se hallan condenadas á vivir en el serrallo: y así como hay sultanas favoritas, así tambien tienen ellas maridos diversos, á los cuales dan notable preferencia.

Sobre este mismo punto ha fundado Lineo una de las divisiones de su sistema. *Certi mariti reliquis præferuntur*. En otras especies, los maridos son iguales en derechos, siendo esta otra de las divisiones adoptadas por el padre de la Botánica. *Mariti propinqui et cognati sunt*. En muchísimas especies se hallan los sexos separados, algunos en los troncos, y otros en individuos diversos. *Mariti et femina distinctis thalamis gaudent* (Lineo).

Las hembras de estas flores, bien así como las mujeres de los maridos, tienen que esperar viento favorable. Cuando se ha verificado la cópula y la fecundacion, los maridos echan sus cortinas por la ventana: es la caída de la flor. Cuando se han desarrollado los embriones, emancipan á sus hijos: la caída de las simientes: y en fin, cuando la tierra, comprimida por el frio, no suministra ya ningun alimento, las plantas se desprenden de sus estómagos: es la caída de las hojas: segun las observaciones del sabio Desfontaines, es fuerza confesar que la sensibilidad que existe en todos los órganos es

mucho mas exquisita en los que caracterizan á su sexo.

La *amaryllis formosissima*, la *oxalis sensitiva*, la *onoclea sensibilis*, la *averro acarumbola*, el berbero, descuellan entre las flores mas sentimentales. Las sensitivas, regadas con una infusion de opio, se sosiegan como una lechuguina con gotas anodinas.

El pipirigallo, el *helisarum girans*, tostado en las orillas del Ganges por el ardor del sol, se abanica con el movimiento que comunica á dos de sus hojas, y si se le coloca en un sitio mas fresco, deja de agitar su abanico.

Una *dionea*, que ha recibido de un instinto que la es particular el sobrenombre de *muscipula*, ó de papamoscas, atrae las moscas con la miel esparcida en su seno, y apenas este se siente tocado, se contrae é hiere con mil dardos al insecto que ha osado aproximarse á él.

Los pipirigallos, las higueras de la India, los éstaquis (*berberis*, *opuntia-stachys*) manifiestan movimientos convulsivos cuando se les toca. Las *drabas* y las trienales se inclinan en cuanto llega la noche. Las plantas heliotrópicas vuelven siempre su flor hácia el sol.

En la primavera se llena el aire de polvos fecundos, que buscan órganos donde fijarse, los cuales se abren para recibirlos; y entónces ¡qué desarrollo en los instantos! ¡qué engaño en las esperanzas! ¡cuántos maridos ausentes y cuántas vírgenes estériles! Si cada flor contase las aventuras de su primavera, creeríamos estar leyendo una novela.

Puede notarse en las flores el desenvolvimiento sucesivo de los fenómenos siguientes: En primer lugar, la construcción de la casa conyugal, la seguridad de su abrigo, la decoración de todas sus partes, la creación del lecho nupcial, la aparición de dos esposos en su estado de candor natural, el desenvolvimiento de su pubertad, indicado con señales sensibles, sus juegos, inocentes al principio, convertidos luego en caricias; sus movimientos, que se trasforman en provocaciones conocidas; la exhalación de los perfumes que embalsaman toda la habitación, la reunión de los esposos, la concepción, la incubación, el alumbramiento, la languidez del nudo conyugal y su disolución. En un florido jardín se nace, se juega, se ama, se reproduce y se muere; lo mismo sucede entre los humanos.

Sic virgo dum intacta manet, tum cura sui, sed
Quum castum amisit polluto corpore florem,
Nec pueris jucunda manet, nec cara puellis.

Cat. carm. nup.

IV.

AMOR CONYUGAL.

De todos los afectos de que saca el hombre la poca ventura de que goza en la tierra, ninguno se ha juzgado tan diversamente como el que se llama *amor conyugal*. Objeto á la vez de picantes y pesadas burlas, de negras y deshonrosas acusaciones, de escepticismo y de entusiasmo; considerado ya como la prenda engañosa de un vil contrato en que el corazón no ha tenido parte alguna, ya como una obra del cielo, como fundamento del estado social y base de la felicidad en la tierra: el amor conyugal, ensalzado por unos, desconocido por otros, se ha visto sucesivamente revestido y despojado de un augusto carácter y de sus mas halagüeños atributos.

Acaso debe buscarse la causa de esta diversidad de opiniones en la costumbre de confundir injustamente el amor conyugal con el matrimonio propiamente dicho; la parte poética y moral con lo material y positivo; el Dios con el templo; y se ha llegado hasta á negar la existencia del primero, habiendo encontrado el segundo arruinado ó desierto.

El amor, como le conciben los corazones vírgenes, puede existir en el matrimonio. Madama Stael, que ha hecho de esta cuestion asunto de tan hermosas páginas, lo cree, y se lamenta, con su talento y la exaltación de alma que le es propia, de la pérdida de esta ilusión: pérdida que sobreviene á los primeros meses del matrimonio, y que acaba con la felicidad de los esposos. Pero el acontecer tantas y tan dolorosas equivocaciones provendrá acaso de desconocer la verdadera índole del amor conyugal.

El amor que preside al matrimonio no es esa pasión impetuosa, exaltada, opresora que nace de la efervescencia de los sentidos, pues con ellos se mitiga y por su propia violencia se consume: no es una pasión terrible, asustadora, que representa la antigüedad, ya bajo el símbolo de un niño ciego, agitando en sus manos una ardiente tea, ó lanzando agudas flechas, y ya con el de un niño con alas de águila, cuyas poderosas manos someten un león; la naturaleza viva y caprichosa de ese dios niño no podría doblegarse á yugo alguno, aunque fuese de flores; sus fuertes alas le fueron dadas para agitarlas en el inmenso espacio, y perecería, si atado se viese con los santos lazos conyugales.

Es otro amor que entre los lares domésticos ha fijado su residencia; es un lindo adolescente parecido al que los antiguos veneraban con el nombre de *Agathodemon*; sus manos se hallan desarmadas; ni se ven alas en sus espaldas, porque es de naturaleza pacífica y estable. Sus armas y sus atractivos son miradas celestes, dulces palabras ó indulgente sonrisa. Su frente, serena y pura, no se adorna ni de rosas, que el tiempo marchita, ni con la venda que le haría ciego y celoso; joven siempre dotado de la divina juventud, atributo de los moradores celes-

tes, es el ángel que acompaña á dos peregrinos en el viaje que se llama vida.

Prudente como la sabiduría, huye de la publicidad y teme el estruendo: sus placeres son discretos, sus goces silenciosos, como todos los que nacen de impresiones profundas. El es quien acoge á los esposos en la habitación nupcial; pero ¡ay de estos, si hartos preocupados con el frívolo é impetuoso niño que confian clavar á su lado, desconocen la santa divinidad del sitio! El rapaz inconstante y cruel desaparecerá con el mes de miel, y con él volará toda esperanza de ser dichoso.

Pero si el altar del amor conyugal ha recibido desde el principio el puro incienso y las fervientes súplicas de la joven pareja, la alegría, la paz y la ventura, dulces compañeros del amor conyugal, acudirán al santuario, y permanecerán en él por mucho tiempo, y acaso para siempre. El esposo, dócil á las inspiraciones de este númer benéfico sabrá oponerse con valor á la suerte adversa y resignarse al trabajo necesario para asegurar la existencia ó bienestar de su compañera.

El amor conyugal enseñará á esta el arte precioso y difícil de agradar mas por cada día á su esposo, cultivando su talento y sus conocimientos, variando sus adornos, y conservando en su casa el orden y la limpieza que embellecen la mas humilde cabaña: bien pronto con los afanes del amor conyugal, esta comunidad de intereses, estas relaciones estrechas entre los esposos, esta recíproca obligación de sus acciones individuales, que hace que cada uno de los dos se envanezca ó se humille mutuamente con la honra ó la vergüenza del otro; todo concurrirá á juntar sus corazones con mil lazos de misteriosa simpatía, que aun llegará á estrechar mas un sentimiento mas augusto y comun para entrambos, el amor de sus hijos.

Este cuadro puede que no sea una copia fiel que presenta generalmente en el mundo el amor conyugal; pero finalmente pintamos el amor, y no el matrimonio; sin duda que en este contrato queda algo de la antigua barbarie de las leyes, pero será una *constitucion* que debe revisarse y no destruirse.

Quizás nos aleguen tambien como ejemplo el teatro, que de algun tiempo á esta parte solo se alimenta de las desgracias ó delitos del estado conyugal. Sin embargo, esta triste y calumniosa manía, que produce hoy tantas monstruosidades y convierte la escena en una escuela de escándalo, ¿no podría considerarse mas bien como parto del delirio extravagante de la imaginación, que de una realidad efectiva?

En efecto, y nos complacemos en creerlo: si el desfreno de las costumbres conyugales fuese tal como le pintan nuestros autores modernos, su frecuencia bastaría á quitar todo el interés á sus odiosas pinturas, y el éxito de este ó aquel drama no sería tan grande acaso, si su argumento fuese tan comun y tan general como se nos asegura.

Sin embargo, séanos lícito decir, aunque parezca en loor de las mujeres, que ellas son las que observan con mas conciencia y celo los deberes conyugales; deberes que por su parte están llenos de amargura, de espinas y desasosiego. Pero, si como ha dicho madama de Stael: « El sér mas noble es el que tiene mas deberes que llenar, » bajo este aspecto su tarea es brillante y no le falta valor para cumplirla. « Sé fiel á tu esposo en la vida y en la muerte, » dice el sacerdote de Brama á la joven indiana, y esta órden la hace seguir pia y casta á su esposo al sepulcro, arrojando los horrores de una muerte cruel. « Mujer, ¡sé sumisa á tu marido! » dice el ministro del cristianismo, y esta sola palabra la hace, no esclava, mas sí compañera fiel, paciente y rendida de su marido durante toda la vida.

V.

AMOR MATERNAL.

El amor maternal es un rayo de la inteligencia celeste que se ve esparcido por todo el universo, y que desde el hombre va disminuyendo y debilitándose hasta los últimos límites de los vivientes. Siguiendo así la larga cadena de los séres, se encuentra amor ilustrado, sentimiento generoso, pasión fuerte, instinto perfeccionado, instinto mas oscuro, impulso oculto, inapreciable; en fin, carencia total de toda sensación de esta especie; y segun los destellos mas ó menos vivos de esta llama divina, se podría establecer con exactitud el grado mas ó menos eminente de inteligencia entre las razas diversas en que se notan. En efecto, los animales que se hallan completamente faltos de este sublime instinto son de naturaleza enteramente inerte: tales son los moluscos, los testáceos y otros, en quienes la vida es, por decirlo así, pasiva: los peces, cuya creación parece incompleta, no tienen idea alguna del instinto maternal; sus hembras depositan al acaso los huevos sobre la superficie del agua, y dejan al sol el cuidado de abrirlos.

No se me puede objetar la ternura de la ballena por su hijo, ni la de las focas por su descendencia ternura; por otra parte igual á su inteligencia, pues no son peces. Si entre los millones de séres de que se compone el reino de los insectos, se nota el cuidado que tienen de sus huevos las hormigas, los que trasportan con sumo afán en los tiempos tempestuosos, ó durante las revoluciones de sus repúblicas.

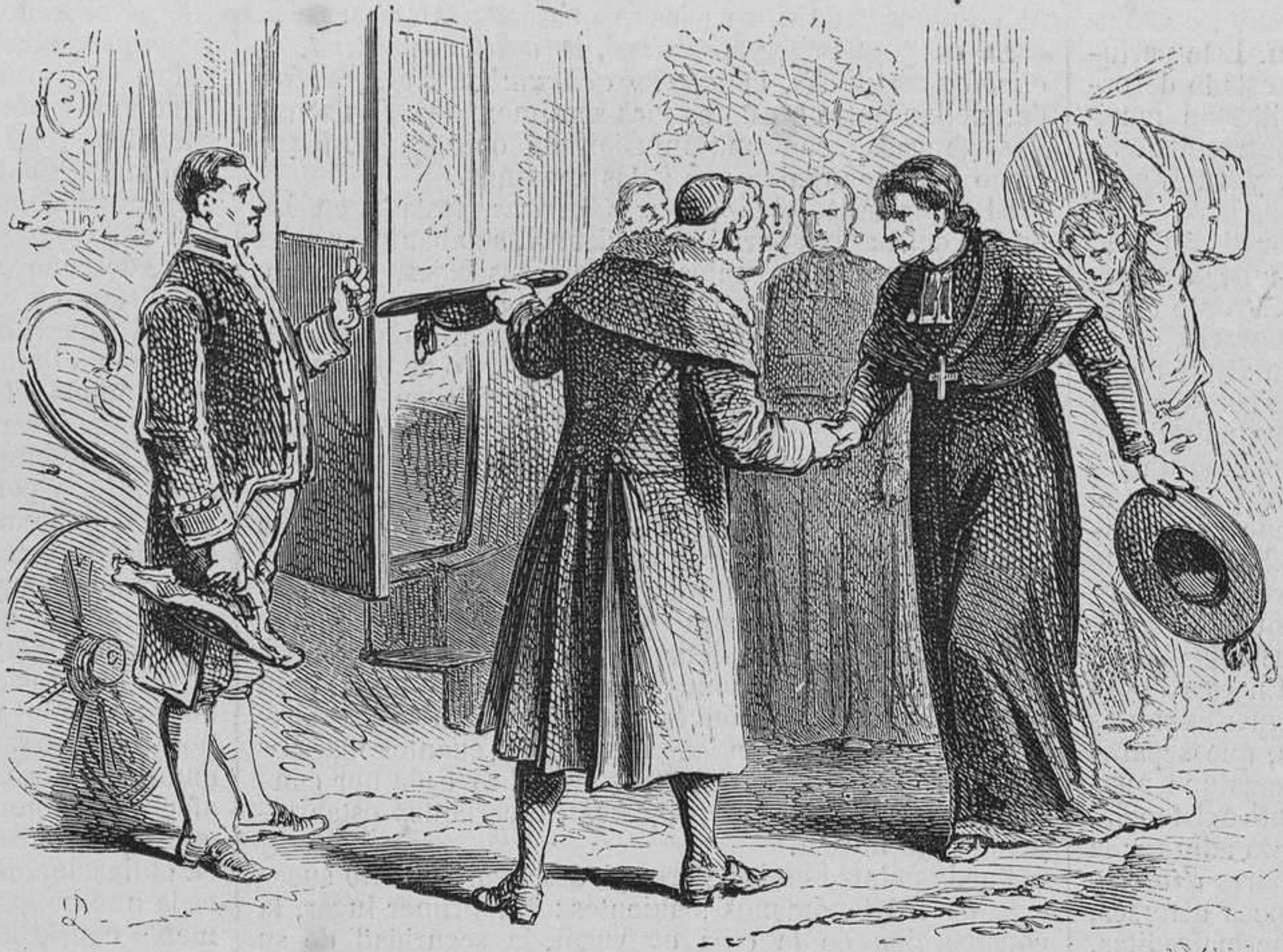
(Se concluirá.)

El Concilio ecuménico.

(Véase el núm. 884.)

Las campanas de las iglesias y de los monasterios tocan á mas no poder: los canónigos y los monges cantan letanías; los sacerdotes están en los confesonarios escuchando á los penitentes; los fieles acuden en muchedumbre á las basílicas para venerar las reliquias. En San Pedro, es el *Volto-Santo* y las grandes reliquias; en San Juan de Letran, la imagen del Salvador *ad Sancta Sanctorum*, las cabezas de los apóstoles Pedro y Pablo; en Santa María la Mayor, la *sacra culla* y la imagen de *Maria Sanctissima*; en Santa Croce in Jerusalem, la madera de la Santa Cruz; y en los demás templos, los mas preciosos tesoros. Esto quiere decir que ha comenzado la novena de la *Madonna*, y en Roma las fiestas de la Virgen se observan rigurosamente.

En Roma no hay una plaza, ni



EL CONCILIO ECUMÉNICO. — Llegada de un prelado.

una esquina de calle, ni una casa, ni una tienda, ni una habitación sin la *Madonna*, ante la cual arde continuamente una lámpara ó una lamparilla.

Este año la fiesta de la Madona de diciembre, la Inmaculada Concepcion, será mas solemne que en los anteriores, pues ese día se abre el décimonono Concilio ecuménico, y principia el jubileo universal que el Padre Santo concede mientras dure el Concilio.

Sobre este punto el cardenal vicario ha publicado un *invito-sacro*, que prescribe una porcion de ejercicios piadosos con numerosas indulgencias. La novena es obligatoria en todas las iglesias.

De las doce del día á la una de esa misma vigilia, tocarán todas las campanas, segun manda el *invito-sacro*, como sucedió cuando el sínodo romano en tiempo de Benito XIII, á fin de anunciar el Concilio universal, y al otro dia, á la señal que darán los cañones de San Angelo, sus voces de bronce resonarán de nuevo para saludar la solemne procesion de rito con la cual se abrirá la santa asamblea.



La confusion de lenguas.



Obispos regulares dirigiéndose al Concilio.



Venta de objetos de piedad.

Entre tanto, y mientras el ferrocarril continúa trayendo preladados, sacerdotes, tonsurados y extranjeros, los asuntos conciliarios se van poniendo en claro, y ya es posible formarse idea de las corrientes de opiniones que se establecerán entre los padres en cuanto estén reunidos.

Desde luego se encontrarán en presencia dos grandes partidos, á saber: 1º el de los jesuitas, que todo lo dirige aquí sin que lo parezca; 2º el de los católicos liberales.

Los primeros se proponen un plan completamente absolutista: quieren que la Iglesia y el mundo vuelvan á la religion de la edad media, y rechazan los principios de las sociedades modernas, libertad de conciencia, libertad de cultos, casamiento civil, sufragio universal, etc., esto es, el *syllabus*, con mas la declaracion de la infalibilidad del papa. Los segundos piensan que estas ideas hacian daño á la Iglesia, y lejos de anatematizar la civilizacion y el liberalismo, quieren ir á ellos.

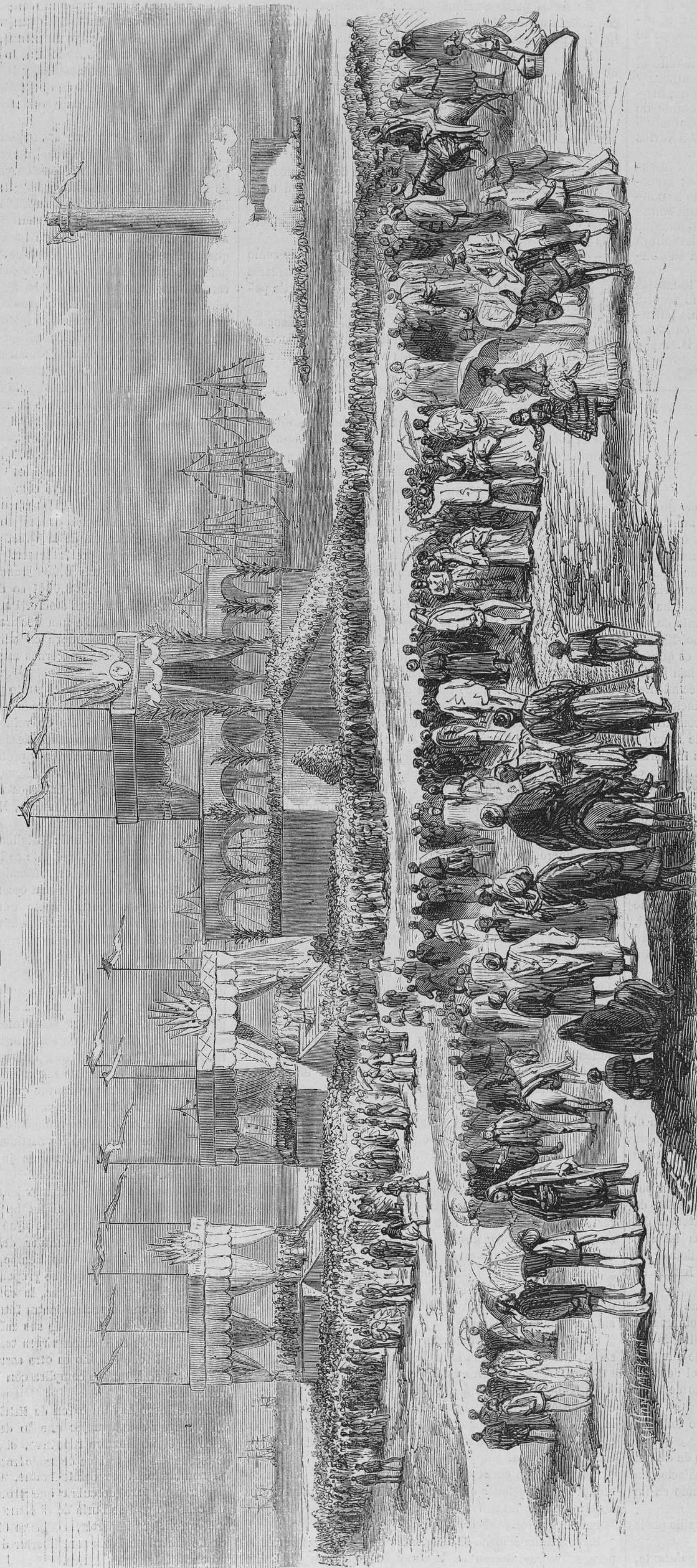
Algunos de los obispos franceses mas eminentes, entre otros, monseñor Dupanloup, monseñor Maret, monseñor Meignan y monseñor Place, forman parte de estos últimos, entre los cuales figuran la mayor parte de los obispos alemanes.

Sin embargo, es probable que los jesuitas tendrán la mayoría.

Monseñor Dupanloup, cuya última pastoral ha hecho tanto rui-



Pifferari delante de una madona.



INAUGURACION DEL CANAL DE SUEZ. — Te Deum cantado en Puerto-Said en presencia de SS. MM. el emperador de Austria y la emperatriz de los franceses.

do, será uno de los jefes de fila de la izquierda en el Concilio; el fogoso monseñor Pio, monseñor Plantier, el obispo de Versalles y el de Laval, figurarán á la cabeza de la derecha, al menos á lo concerniente al episcopado francés, al lado de monseñor Manning, arzobispo de Westminster, un anglicano convertido, de un celo extraordinario por el papado, de monseñor Deschamps, uno de los mas ardientes defensores del poder temporal, y de otros muchos.

Quizás no sean estos dos solos los únicos partidos que se produzcan en el sínodo, pues ya se habla de fracciones especiales de oposicion que votarán ya con la derecha, ya con la izquierda.

Por ejemplo, los obispos de Oriente formarán sin duda un grupo *sui generis*, que será difícil dividir. Estos obispos tienen ideas sobre el episcopado que difieren mucho de las de la masa de los prelados de Europa: persuadidos de que su dignidad proviene directamente de Nuestro Divino Señor Jesucristo, no conceden al Sumo Pontífice mas que una subordinacion relativa; además, las libertades que poseen, como libertad de ritos, libertades de disciplina, les inclinan al partido de los adversarios declarados de la centralizacion romana.

Cuando el centenario de San Pedro, Pio IX, deseoso de dar una muestra de favor y estimacion al episcopado oriental, que se apresuró á venir á Roma con motivo de aquella solemnidad, designó un patriarca sirio para que le presentara el agua en el momento en que el sacerdote se lava las manos, y el patriarca indignado rehusó este honor como un insulto. Creía que presentar el agua al Padre Santo, era rebajarse, era rebajar su carácter sagrado, y no lo hizo. En su lugar, el papa nombró á un arzobispo italiano, que se consideró muy dichoso con tal distincion. ¿No dice esto mucho mas de lo que podría decirse con largas frases, sobre el espíritu que anima al episcopado oriental?

La afluencia de padres es ya considerable, como que nos hallamos en vísperas del 8 de diciembre: cada dia llegan de cuarenta á cincuenta, el total de los que hay ya instalados se eleva á quinientos, y aun se esperan unos cien mas, procedentes de Francia, España, Alemania é Italia.

El episcopado español, con el cual no se contaba mucho por causa de las condiciones políticas de la península ibérica, será, por el contrario, bastante numeroso. El domingo último, en la capilla del Adviento, entre los prelados que rodeaban á Su Santidad, vi á los arzobispos ú obispos de Valladolid, Valencia, Urgel, Zaragoza, Pamplona, Granada, Tarragona, Jaen, Palencia, Salamanca, Avila, Astorga, Oviedo, Huesca y Badajoz. Por lo demás, todas las naciones se hallan hoy representadas en Roma por un número de obispos en proporcion con la cifra de sus diócesis.

Los obispos que atraen aquí todas las miradas, se dividen en dos categorías distintas:

- 1º Los obispos pertenecientes al clero secular;
- 2º Los obispos pertenecientes al clero regular, que llevan la vestidura de su órden.

Se reconoce á estos por la pasamanería de su sombrero y por su cruz pastoral, cuya cadena de oro brilla sobre su pecho.

Estos obispos regulares son los que generalmente estarán en Roma á expensas del papa: su vida es muy modesta.

En cambio, los del clero secular ostentan mucho boato.

Hé aquí uno que llega en una carroza elegante con dos briosos caballos: lacayos con lujosas libreas y con el sombrero en la mano, abren la portezuela del car-

ruaje y besan el estribo. Otros vienen con menos lujo, como esos tres obispos de los capuchinos, acompañados de un monje de su orden. Para llegar á San Pedro, tomaron un vehículo de alquiler, en tanto que el monje se acomodó en el pescante al lado del cochero.

En la calle principal de Roma se encuentra á todo el *high-life* extranjero. Hé ahí la reina de Wurtemberg y la duquesa Vera, el anciano gran duque de Toscana, Leopoldo II y su esposa, el conde de Caserta, el conde de Bari, toda la familia de Nápoles. Luego se ve también á los representantes de las potencias extranjeras y á varios prelados que se pasean igualmente por el Corso.

En mi camino encuentro monsignori que van á la estación del ferro-carril para recibir á los prelados: sacerdotes extranjeros buscando una *trattoria*, donde se confunden todas las lenguas, pifferari que tocan una *sonatina* delante de una Madona; vecinos de Roma que entran en sus casas, militares que toman en derechura hácia su cuartel, y monges que se dirigen hácia su convento.

Es ya de noche: se oye el *Ave Maria* en todas las iglesias, la animación se acaba, y muy luego no se oirá ya en las calles más que el paso monótono de las patrullas, ó el canto de algún galán entonando una *canzona* bajo las ventanas de su amada. A. D.

Revista de Paris.

Estamos en la época en que Paris se olvida de todo lo que no tenga relación con la gran festividad del año nuevo. Ya ha empezado la lluvia de las tarjetas y de las cartitas de amistad, y sobre todo de los regalos, la gran cuestión, la cuestión palpitante en estos días. Cuando se trata de repartir monedas de 5 á 20 francos, entre carteros, porteros, criados y demás gente menuda que tiene derecho á la propina de año nuevo, la tarea es muy fácil: se ajusta la cuenta de antemano, y una vez hecha la resolución se abre el bolsillo generosamente. Pero esto no es nada: lo principal es quedar bien con las personas que por un motivo ú otro se han hecho acreedoras durante el año á una muestra de agradecimiento. Una comida merece una caja de dulces, una distinción que se nos ha hecho, debe pagarse irremisiblemente con alguna fineza. De aquí las peregrinaciones á las tiendas de fama en busca de algún objeto de arte, de alguna de esas fruslerías comprendidas en lo que se conoce en todo el mundo con el nombre de « artículo de Paris, » y que todas ellas brillan, como dice el poeta hablando de las rosas, « el espacio de una mañana. » Hay casos en que hace falta más: el regalo debe durar más tiempo que una felicitación ó una sonrisa; pero esto sale de lo común, y por lo tanto, no es lo que caracteriza los agasajos de la fiesta de año nuevo.

Este año la Academia francesa parece que ha reservado una interesante distribución de premios para esta solemnidad que tanto celebran los parisienses. Son los premios á la virtud, que en un elegante y florido discurso, el director de la ilustre corporación, M. Prevost-Paradol, ha enumerado en la sesión de la semana última.

Estos premios, que se deben como es sabido á la generosa inspiración de M. de Montyon, se ofrecen principalmente al que se sacrifica en favor de sus semejantes y á los corazones bondadosos.

Como de costumbre, las acciones premiadas este año son obra principalmente de los pobres y de las mujeres, y la razón es muy sencilla; es que la bondad aparece con más frecuencia en las mujeres y es más meritoria en los pobres.

Como dijo M. Prevost-Paradol, la caridad del pobre con el pobre tiene algo más elevado que la del rico, no solo porque cuesta más hacerla, sino porque sale de lo necesario, y no de lo supérfluo; porque el pobre no tiene nada que dar sino su persona, y se da en persona al prójimo cuando aumenta por socorrerle su trabajo, cuando cria un niño, cuando cuida de un enfermo, cuando recoge á un anciano. La existencia del indigente es una derrota perpétua: combate todos los días asediado por las necesidades y devorado por la inquietud; los pobres son los vencidos y los heridos en la cruel batalla de la vida.

Este año entre las veinte y ocho recompensas que la Academia concede, solo vemos los nombres de dos hombres, el uno llamado Pedro Lapeyre, que recibe una medalla de oro por haber cuidado durante más de veinte años de mujeres enfermas, y el otro Pedro Guary, cartero rural en el departamento del Lot, que se ha distinguido por un acto de valor verdaderamente extraordinario.

Hé aquí lo que dice sobre este último el informe leído en la Academia:

« Pedro Guary hacía una mañana su distribución de cartas, cuando encuentra á un obrero que corría á la población en busca de socorros para un hombre que se había caído en un horno de cal.

Distaba la población tres kilómetros y ningún auxilio podía llegar á tiempo.

Guary se acerca al horno, del que salía un humo sofocante, se apodera de una escala, baja por ella y emprende la subida,

teniendo en sus brazos á un hombre que respiraba todavía.

Pero á los pocos escalones pierde el conocimiento y cae con aquel hombre. Entonces llegan los socorros y sacan del horno á un cadáver y á un vivo que parecía otro cadáver: era Guary, privado de sentimiento medio abrasado y mutilado; pero que gracias á Dios sobrevive á su bella acción y recibe hoy la recompensa. »

Esta recompensa es de 2.000 francos.

Entre las mujeres premiadas se distingue Eufrosia Coursault, costurera en un pueblo del departamento de Indre y Loira.

Eufrosia Coursault principió por recoger á dos ancianos pobres y luego ensanchó el asilo, dando cabida en él á otros infortunados.

La quiebra de un comerciante la llevó casi todo el dinero que poseía.

— Los pobres lo pierden, dijo Eufrosia Coursault; y como la madre de aquel comerciante hubiese llegado á quedarse sin recursos, ella le dió la hospitalidad en su refugio de pobres que, á costa de su trabajo sostenía.

Nunca se ve satisfecho su deseo de hacer bien, y así sucede que se la encuentra de enfermera en las casas particulares, y asiste al médico de la localidad cada vez que debe hacer alguna operación importante.

La Academia concede á Eufrosia Coursault otra recompensa de 2.000 francos.

« En las bellas acciones de este género premiadas este año, dice el informe, hay una especie de monotonía gloriosa que no quita nada á su mérito, pero que dificulta mucho su completa enumeración. Si se quiere, pueden hallarse diferencias de grados, más no de naturaleza en cuanto á la bondad de esas nobles mujeres á quienes la Academia dirige hoy sus felicitaciones con sus premios. Es siempre la misma historia; personas que buscan las miserias de la vida con el mismo ardor con que ordinariamente se busca el placer, y que parecen no respirar á gusto sino en compañía de la pobreza, de los padecimientos y de la muerte. Sin embargo, puede dividirse en dos cuerpos esa tropa sagrada de la caridad y poner en pos de Eufrosia Coursault á las que se entregan al servicio de los pobres y de los enfermos dándoles asilo ó prestándoles un socorro permanente, en tanto que Magdalena Breteau podría figurar á la cabeza de esos sirvientes que suelen ser los últimos amigos y el único sosten de toda una familia. »

Con efecto, Magdalena Breteau, del departamento de la Sarthe, es un modelo de sirvientes.

Setenta años ha cumplido en el día, y ha servido durante cincuenta á unos labradores que perdieron toda su fortuna.

Magdalena consiguió con su trabajo que los cinco hijos de la casa recibieran educación, y en la actualidad mantiene á sus antiguos amos, cargados de achaques, ganando el sustento con el trabajo más penoso.

Económica hasta lo sumo, Magdalena había podido ahorrar algún dinero, y lo gastó en exonerar del servicio militar al último hijo de la casa.

El informe cita después las diferentes personas que han merecido los premios académicos, y concluye con estas bellas palabras:

« Hemos llegado al término de nuestra tarea: ahora tenemos que despedirnos de tantas virtudes modestas, tenemos que apartarnos, no sin sentimiento, del tranquilo y consolador espectáculo en que durante un momento han descansado nuestros ojos. Vamos á volver todos al torbellino de la gran ciudad; en los mismos umbrales de la Academia volverá á apoderarse de nosotros la rápida corriente de los negocios y de los placeres. La imagen de tanta caridad, neutralizando los efectos de tantos infortunios, va á dar lugar en nuestra mente á cuidados más apremiantes, á imágenes más vivas; los nombres modestos que acaban de recibir nuestro homenaje van á borrarse muy luego de nuestra memoria ante otros nombres más gloriosos, ó por mejor decir, más sonoros; pero al menos llevémonos de estas relaciones tan cortas con esas almas filantrópicas y puras alguna duda sobre el mérito de nuestras ocupaciones ordinarias y sobre el valor real y positivo de las cosas que tenemos costumbre de admirar, en una palabra, una idea más modesta y unas miras más exactas de lo que constituye la verdadera grandeza y la verdadera belleza en las acciones humanas. »

Paris no ha tenido hasta ahora el espectáculo de la causa Troppmann, á pesar de lo que se había dicho, y parece ser que hasta dentro de algunos días no comenzarán los debates ante el tribunal de Assises.

Sin embargo, ya el procesado ha sido trasladado á la Conserjería, donde espera la hora de presentarse ante sus jueces.

Todos los preliminares están concluidos.

Ya hemos anunciado á nuestros lectores que se había encontrado el cadáver de Juan Kinck, el desgraciado padre de la familia asesinada por Troppmann, y en la página 12 de este número verán nuestros lectores dos dibujos referentes á esta triste escena.

Deseamos que cuanto antes concluya la justicia con su cometido, para no tener que ocuparnos más de los pormenores de tan horrible tragedia.

Pasemos á los teatros.

En la última semana hemos tenido en el Teatro Francés la primera representación de la nueva comedia de M. Emile Augier, titulada en un principio *Mlle de Birague* y definitiva-

mente *Leones y Zorros*, porque parece ser que una familia de aquel apellido suplicó al autor semejante cambio.

Repetidas veces hemos dicho que una producción dramática de M. Emile Augier es un acontecimiento literario, y que el éxito sea favorable ó no lo sea, lo cierto es que el público acude á las representaciones, y la crítica, analiza y discute con otro empeño que el que demuestra semanalmente al hablar de la masa de dramas y comedias debidas al comun de los mortales.

M. Emile Augier merece seguramente tan alta distinción, pues no hay autor que se esfuerce más en presentar al público obras acabadas. Su teatro vivirá, porque en cada una de las obras que le componen hay una idea, independientemente de la forma, que es siempre brillante.

La comedia en cinco actos *Leones y Zorros*, de que vamos á hablar á nuestros lectores, no ha obtenido la feliz acogida que se esperaba; la crítica reconoce y señala fácilmente sus defectos, y sin embargo, aun cuando estamos viendo y tocando esas faltas que son de bulto, no podemos menos de admirar la gracia con que está escrita, no podemos menos de aplaudir escenas en que se revelan las grandes dotes de M. Emile Augier, su originalidad, su buen decir, los chistes verdaderamente cómicos que brotan de su pluma.

La protagonista Catalina de Birague, una parisiense consumada, nos aparece al principio de la comedia con el omnipotente atractivo de 9.000.000 de dote.

No siempre, por desgracia suya, ha poseído tan pingüe fortuna, y recuerda muy bien los tiempos en que debía atenerse con mucho rigor á sus 6.000 francos de renta, pobre caudal que alejaba de su lado á los suspirantes.

Pero una herencia que cayó como llovida del cielo sobre la huérfana, pues Catalina es huérfana de padre y madre, y se halla bajo la tutela de los condes de Prevenquieres, cambió de repente la existencia de la jóven.

Ahora abundan los pretendientes.

— ¡Nadie quería mis 6.000 francos, y ahora hay tantos que ambicionan mis 9.000.000! se decía Catalina, de modo que lo que se busca es mi dinero. Pues no me casare, y á todo hombre que me dirija una declaración le haré la guerra.

La situación no es nueva en verdad; pero tratada por M. Emile Augier debía ofrecernos nuevas peripecias.

Y así sucede.

Entremos desde luego en el punto principal del argumento, donde á nuestro juicio estaba toda la comedia.

Catalina tiene un primito de veinte y cinco años, el vizconde de Valtravers, que acude desde el fondo de una provincia, impelido por su familia y protegido por los jesuitas, al asalto de los millones.

¡Qué de afanes, qué de cuidados no se toma uno de los primeros personajes de la comedia, M. de Sainte-Agathe para allanar el camino al vizconde!

Pero ¡ay! todo es inútil: Catalina se muestra inflexible, y ¡cosa singular! el pretendiente se burla á un tiempo de su protector y de los proyectos paternos.

La entrada en materia es una escena maestra.

El vizconde se presenta como uno de tantos y Catalina, exasperada con el nuevo pretendiente, le recibe poco menos que diciéndole:

— Váyase Vd. á la calle.

Entonces el vizconde descubre su juego. Su familia le ha dado un crédito de algunos miles de francos que obran en poder de M. de Sainte-Agathe para que haga la corte á su prima; pero él trae á Paris otras intenciones.

Su prima le importa un comino, lo que quiere es divertirse con aquel dinero durante quince días, lo que no conseguirá si Catalina le despide tan rotundamente.

— ¿Qué te cuesta permitirme que te haga la corte? la dice; te juro que no pretendo casarme contigo, que jamás, bajo ningún pretexto contraeré semejante enlace. Pero déjame divertirme; que conozca yo los bastidores de la Opera, las cenas del café Inglés, las casas de juego de alto tono, y te quedaré eternamente agradecido.

Conforme el vizconde va exponiendo su plan, Catalina se va extasiando: ¡con que al fin ha encontrado un hombre que no quiere casarse con ella! ¡Qué felicidad y qué alegría! Consiente, pues, en disimular delante de la gente, una semana ó dos, pues no mas tiempo necesita su primo para dar fin á la expedición que se propone.

Hé aquí, ya lo hemos dicho, la comedia entera: Catalina, exasperada con los pretendientes interesados, acogiéndose al único que hace poco caso de sus millones, y emprendiendo la conquista de su corazón virgen todavía.

Mas ¡ay! todo esto no es otra cosa que un episodio en la intriga general, que se complica con los incidentes más inverosímiles.

Desde luego hay un barón de Estrigaud, cuya persistencia en perseguir á una mujer que le desprecia profundamente, hace de él un hombre repulsivo, si no lo fuera ya por sus antecedentes de traidor de melodrama; después tenemos al ya nombrado M. de Sainte-Agathe, un Rodin que carece de penetración para descubrir que protege lisa y llanamente á un calavera que se burla de él como el vizconde, y por último, un viajero impertérrito, Pedro Champlion, que anda buscando dinero en Paris para libertar á un amigo que ha dejado en el interior de Africa.

Paris se hace el sordo á sus discursos sobre la amistad, y

principalmente sobre la utilidad de sus exploraciones, y hé aquí que Catalina, entusiasmada al oírle, le ofrece de golpe y porrazo los 400,000 francos que necesita.

Por fin, el corazón de Catalina se ha conmovido: el viajero será su esposo, sin que se lo impidan los manejos de Estrigaud, que provoca en desafío á Champlion, ni tampoco las tramas de los jesuitas, que deben recoger velas ante la decisión de la jóven, la cual dejará Paris por el desierto africano para ir á libertar al amigo de su esposo.

Hecho el análisis de esta obra singular, está también hecha su crítica. M. Emile Augier, queriendo sin duda demostrar el influjo que tiende á ejercer en las familias el jesuitismo, se ha olvidado de que escribía una comedia que necesita ante todo acción y movimiento, sin lo cual el interés no existe. Todo el papel de Sainte-Agathe está de sobra, y podría suplirse con un personaje cualquiera, por ejemplo, con el padre del vizconde. El público no se interesa en manera alguna por sus planes tenebrosos, ni le importan sus ambiciones de mando y dominación, porque nada de esto se liga estrechamente con el asunto constitutivo de la comedia. La prueba es que el gran talento del actor Got no ha conseguido darle una expresión característica.

Por lo demás, lo mismo sucede en todos los papeles, sin exceptuar el de Catalina, donde la Favart no encuentra una escena que nos recuerde estamos viendo á la conmovedora protagonista de la *Julia* de Octavio Feuillet. Solo Coquelin se destaca en este cuadro monótono, interpretando con una verdad sin igual el personaje del vizconde Valtravers, el único tipo verdaderamente interesante de la nueva comedia.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á DIOS.

« Te Deum laudamus; te
Dominum confitemur. »

Yo te adoro, ¡Señor! En el espacio,
Cuando la noche tiende el negro velo,
Con caracteres de inmortal topacio
Leo tu nombre escrito sobre el cielo.

Yo te adoro, ¡Señor! Cuando contemplo,
De asombro mudo, la inflamada esfera,
Descubro allí tu consagrado templo
Y mi alma se prosterna y te venera.

En el mar que se agita en la tormenta
Y en el mar que susurra en la bonanza,
En el trueno sonoro que revienta
Y en el iris de paz y de esperanza,

Y en la montaña que hasta el cielo eleva
A coronar de nieve su alta frente:
Yo te adoro, ¡Señor! Todo me prueba
Tu alto poder, tu Ser omnipotente.

Cuanto se ostenta á mis cansados ojos,
Cuanto siento en mí mismo, cuanto veo,
Me dice: « ¡Aquí está Dios! » Puesto de hinojos,
Yo te adoro, ¡Señor! y en tí yo creo.

Déjame pronunciar tu nombre santo;
Pueda ante tí humillarse el alma mía,
Dios de Judá, del criminal espanto,
Gloria del justo, de tus siervos guía.

¿Quién sostendrá el poder de tu mirada?
¿Quién resistir podrá tu noble acento,
Si el ceño solo de tu frente airada
Reducir puede á polvo el firmamento?

¿Quién osará ofenderte, si tu enojo
La tierra toda sepultó entre mares?
¿Quién, ¡oh Señor! en su insolente arrojo
Injuriará tu nombre y tus altares?

¡Ay, del que olvide tus sagradas leyes!
¡Ay, de los que infelices te negaron!
Que ante tí no valdrán grandes, ni reyes,
Ni los que en este mundo se empinaron.

¡Ante tí, todos son polvo menudo,
Humo fugaz, Omnipotente Dueño!
¡El amo y el esclavo, el sabio, el rudo,
El pobre, el rico, el grande y el pequeño!

Todos, pesados en igual balanza,
Todos, medidos en igual medida;
Tus enemigos hallarán venganza,
Tus siervos recompensa merecida.

¡Gloria á tí, eterno Dios! ¡Gloria á tu nombre!
Do quiera escrita tu existencia veo;
Llena el alma de fe, te adoro el hombre:
Y en el polvo su frente hunda el ateo.

1862.

A.....

What need had they of
Words to say they loved?

(BULWER.)

Nunca te hablé de amor; lo juzgué inútil:
¡Bien en mis ojos mi pasión leías!
¿Tú á mi lenguaje acaso respondías?
¡Yo, al menos, lo creí!

¿Me he engañado? No sé. Juzgo imposible
Que al decírmelo el alma me mintiera:
Tu amor ha sido mi ilusión primera,
Siempre ha vivido en mí.

Tu amor fué para mi alma entusiasmada
Que un nuevo mundo á su horizonte abría
El primer rayo del hermoso día
De un nuevo porvenir.

¿Y será vana esa ilusión primera?
¿Será ese sueño de placer mentira?
El amor que hace estremecer la lira,
¡No, no puede mentir!

¡Cuántas veces tus ojos con los míos
Tal vez sin advertirlo se encontraron!
En momentos tan bellos ¿no se hablaron,
Dí, de un eterno amor?

Esa palabra en misterioso idioma
Los míos elocuentes te dijeron:
¡Tus miradas tal vez me respondieron!...
Dí ¿me engañó el error?

¡Ah! ¡Cuántas veces ambos juntamente
En las hermosas tardes del estío,
Bajo un cielo purísimo, bien inio,
Yo feliz junto á tí,

Guardábamos silencio, y nuestros ojos
Hablaban lo que el labio no decía...
Frases de amor, que nadie comprendía,
Mas, nuestras almas, sí!

Si eran ciertos mis sueños de ventura,
Si el fiel cariño que hacía tí abrigaba
Eco en tu noble corazón hallaba,
Si era todo verdad;

Si me amabas, mi bien, cual yo te amaba,
Si tus hermosos ojos no han mentido,
No des nunca á tu amante á ingrato olvido:
¡Tuyo él siempre será!

EL ÁNGEL DEL SEPULCRO.

Soy el Ángel callado del sepulcro:
Mi imperio está en las tumbas,
Donde el silencio eterno me rodea
En honda paz augusta.

Aquí velo el reposo de los muertos
Que en la soledad profunda
Duermen tranquilos, olvidados, lejos
De la profana turba.

¡No perturbeis su sueño, oh insensatos,
Los que en febril locura
Os agitaís, sedientos de placeres,
Y correís en su busca!

¡No os acerqueis á esta mansión de llanto
Donde el alma se enluta,
Porque este es el imperio de los muertos,
La región de las tumbas.

¡Venid, vosotros que arrastráis el peso
De amarga desventura,
Vosotros, cuyos ojos vierten lágrimas,
Cuya frente está mustia!

¡Huérfanos tristes, trémulos ancianos,
Desconsoladas viudas,
Venid... Yo daré calma á vuestro duelo,
Paz á vuestra amargura!

¡Aquí no llega el eco de la orgía.
El mundo siempre busca
Placeres que no guardan los sepulcros:
Los sepulcros lo asustan!

¡Las copas del festín aquí se rompen;
Todo aquí es paz profunda:
¡Silencio! ¡No turbeis con vuestro ruido
El sueño de las tumbas!

¡ESPERA!

En mis dolientes horas
De juvenil tristeza,
Cuando perdidas miro
Mis ilusiones bellas
Y siento opreso el pecho
Por tormentosas penas,
Oigo una voz que me habla,
Y que me dice: ¡espera!

Si el arpa de mis himnos,
Rotas sus mustias cuerdas,
No exhala cantos plácidos,
Sino tristes querellas,
Y al cielo me lamento
Con dolorosas quejas,
Siento esa voz sublime
Que al alma dice: ¡espera!

Si mueren mis ensueños,
Si encuentro sombras negras
Donde fingí paisajes
Y luces pintorescas,
Y al duro desengaño
El corazón flaquea,
Escucho en el silencio
La misma voz: ¡espera!

En el jardín de flores,
En la callada selva,
Donde las aves cantan
Y gime el aura fresca;
En la tranquila calma
Y en la feroz tormenta,
En todo, en todo me habla
La misma voz: ¡espera!

Y espero... ¿espero, en vano?
¡Quién sabe! Lo que sueña
El alma ¿acaso, un día
En realidad mas bella
Veré trocarse? ¿Acaso
De una ventura eterna
Será esa voz preludeo?
Mi alma me dice: ¡espera!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Inauguración del canal de Suez.

Publicamos en este número cuatro dibujos que representan las escenas mas importantes de la inauguración del canal.

La ceremonia religiosa tuvo efecto el día prefijado (17 de noviembre) en Puerto-Said, y los preparativos que se hicieron para el *Te Deum* cantado por todos los cultos, no carecían de majestad ni de grandeza. Bajo un pabellón rectangular, adornado con palmas, banderas y banderines, se elevaba un altar, junto al cual pronunció un discurso monseñor Bauer. Por ambas partes de este altar al aire libre, se levantaban dos inmensos pabellones donde estaban los soberanos, los príncipes y los altos personajes convidados á la ceremonia, y en su alrededor se agrupaba la abigarrada multitud, que representaba, puede decirse así, al mundo entero en aquella fiesta pacífica del trabajo y de la concordia.

Seguramente, era un espectáculo imponente y grandioso el ver, al ruido de las salvas de artillería, á todos los cultos, á todas las nacionalidades y á todos los gobiernos, uniéndose para llamar la bendición del cielo sobre una obra que será un rasgo de unión entre todos los pueblos de la tierra.

Monseñor Bauer se adelantó hasta el borde de la tribuna donde se hallaban los ilustres convidados, y dijo con voz clara y expresiva:

« Monseñor, señora, señor:

Creo que me es permitido decir que esta hora no es tan solo una de las mas solemnes del siglo XIX, sino también una de las mas grandes que hay inscritas en la historia desde que los pueblos leen la historia.

A cualquier lado que se dirijan nuestras miradas bajo este cielo maravilloso, ante esa concurrencia cosmopolita ¡ cuántos motivos de asombro en lo pasado y qué gloriosa esperanza en lo porvenir!

Se terminó por fin la obra que se creía imposible.

Héla allí, ante nuestros ojos, magnífica y grandiosa, completamente terminada.

Hé ahí las naves de todas las partes del mundo, dispuestas á lanzarse sobre ese suelo abierto á la civilización.

Así como en la cronología de lo pasado el descubrimiento de América está inscrito con caracteres indelebles, la apertura del canal de Suez, ocupará un lugar no menos glorioso en la cronología de lo porvenir.

El 16 de noviembre de 1869 ha reunido dos mundos. ¿ Qué digo? de dos mundos no ha hecho mas que uno.

El espléndido Oriente y el Occidente maravilloso se acercan y se saludan...

¡ Salve, espléndido Oriente, que nos envías la luz del

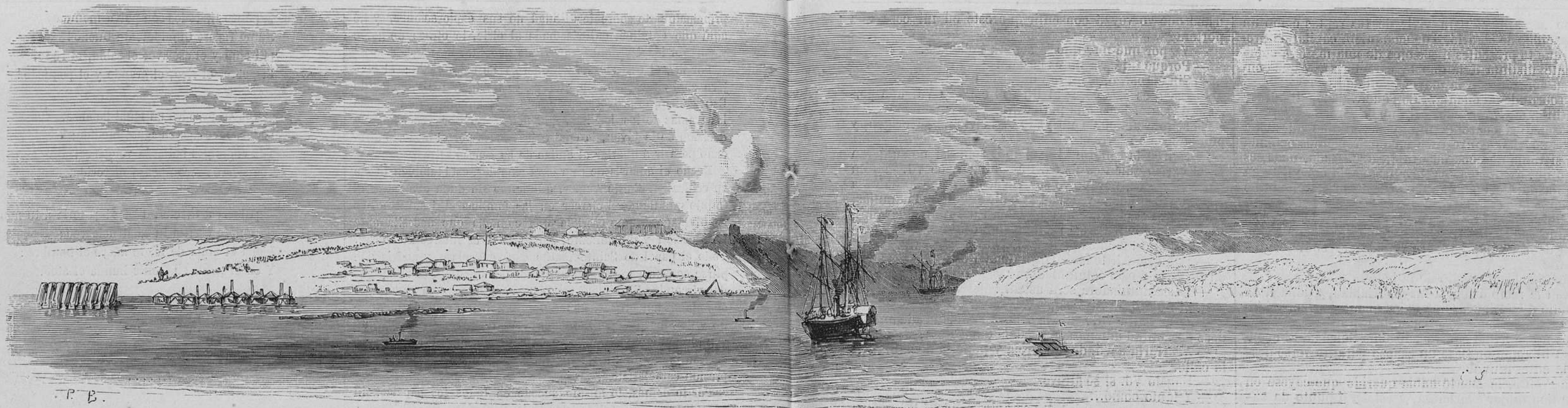
sol y de donde nos llegó en otro tiempo la luz de la inteligencia y de las artes.

¡ Salve, vieja Europa que recogiste esa luz é hiciste de ella el patrimonio comun de todo el linaje humano!

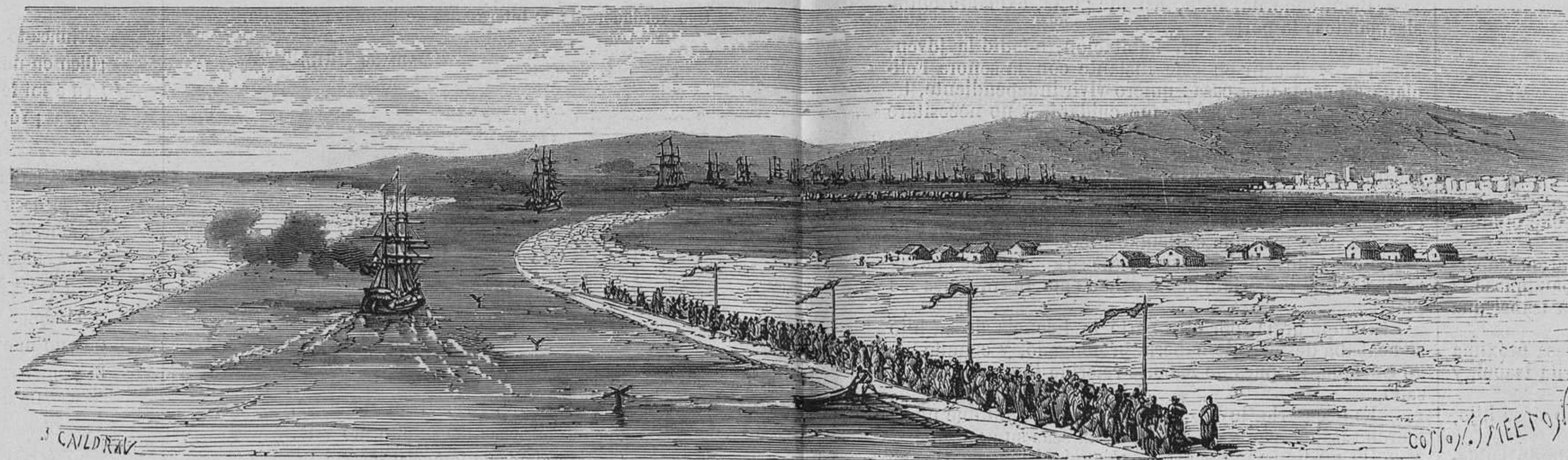
Esta solemnidad es la gran fiesta de toda la humanidad.

Ese canal, que parecía en un principio destinado tan solo para la riqueza material, es la gran vía de la luz, de la civilización y de las inteligencias, el caudaloso río que hace de los dos mundos un solo mundo y de todos los pueblos una sola humanidad.

Detrás de lo que no ofrecía en un principio mas que un aspecto material, se oculta un horizonte sin límites donde se vislumbran los mas altos pensamientos y las



Llegada á los lagos Amargos del yacht de SS. MM. el emperador de Austria y la emperatriz de los franceses.



Llegada del yacht imperial á Suez, despues de la travesía del canal.

combinaciones mas gloriosas del género humano.

Si, todos los que ocupais un lugar cualquiera debajo del sol, asistís á la fiesta de toda la civilización. Este río es el punto de unión de todos los pueblos del mundo, y por lo tanto la grandeza de los dos mundos será simultáneamente la grandeza de la humanidad.

Antes de terminar conviene prestar un homenaje á los que han muerto para el triunfo de esta batalla pacífica en el día gloriosamente ganada.

Monseñor, el nombre de V. A. es el primero que se presenta al recuerdo de nuestra gratitud. Recibid en nombre de todos las mas expresivas gracias. Habeis llevado animosamente á

cima lo que tan sábiamente quisísteis. Disfrutad hoy de vuestro glorioso triunfo.

El Oriente y el Occidente os aleman.

Monseñor, permitid que una boca sacerdotal os dé las gracias por la protección que otorgais á todos los cultos en esta tierra de los Faraones.

La tierra de todas las servidumbres ha llegado á ser la tierra de todas las libertades.

Permitid que una boca cristiana os dé las gracias por la libertad concedida al cristianismo.

Gracias en nombre del cristianismo, gracias en nombre de Francia, gracias en nombre de Europa, gracias en nombre del linaje humano.

Señora, no expresaré una idea vulgar al decir que el buen éxito de esta obra se debe especialmente á V. M. La historia dirá que sin vos no hubiera podido llevarse á cabo esta obra; dirá que os asociásteis á los deseos y á las simpatías de Francia entera.

Apresurémonos á declarar que existe un hombre cuya elocuencia persuasiva, cuyo ardor generoso, cuya pasión enérgica, en una palabra, cuya tenacidad sobrehumana ha vencido todos los obstáculos en torno suyo acumulados. La historia dirá que este hombre le pertenece desde hoy. Mientras resuene en la tierra el nombre de América, se pronunciará al lado del nombre de quien la descubrió, el nombre de Fernando de Lesseps. (Entusiastas aplausos.)

Me es imposible citar los nombres de todos los que han cooperado á esta obra y de todos los que han succumbido, oscuros ó ilustres. Dedicémosles hoy un tierno recuerdo que no ofenda ninguna simpatía nacional, pues todos los pueblos han dado su sangre por esta obra.

No ha habido mas enemigos vencidos que el espacio, las arenas del desierto y la barbarie.

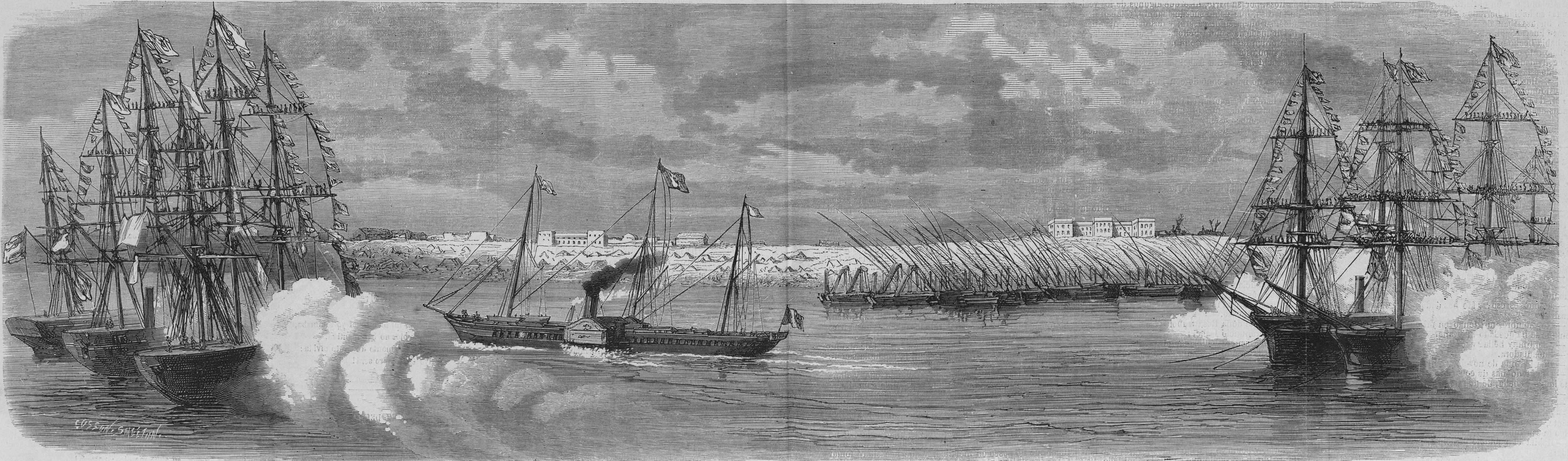
Permitidme al terminar que saludé, al frente de esos ilustres huéspedes que han venido aquí á traer la honra y la alegría de su presencia, á Vuestra Majestad Apostólica.

Señor, habeis dado á esta magnífica obra un testimonio de vuestra simpatía.

El mar Adriático, que baña una parte de vuestro imperio, no forma mas que un solo río con el Océano indico.

El Dios á quien acabais de rendir un homenaje público, arrodilándoos sobre el sepulcro del Salvador del mundo os bendiga á vos y al inmenso imperio confiado á vuestra solicitud.

Y para terminar con un pensamiento tan grande como este día, ¡ oh vosotros todos los que puedo llamar hermanos míos ante Dios, elevémonos hasta el Criador de todos los hombres, elevemos nuestros pensamientos sobre todas las patrias, elevémonos hasta toda la humanidad, á mayor altura aun, elevémonos hasta la misma Divinidad



INAUGURACION DEL CANAL DE SUEZ. — Entrada del yacht imperial el *Aigle* en el canal, en Puerto-Said.

que ha permitido que los hombres hayan hecho esta obra maravillosa en el seno de la creación!

¡Oh Dios, criador del mundo y padre de todos los hombres, Dios inmenso y eterno, bendecid esta obra; bendecid estos innumerables pueblos; que esta senda abierta sea la senda de la luz, de la paz y de la civilización, y que vuestro aliento aproxime á todos los pueblos para hacer de ellos una sola humanidad!»

Luego llegó el momento solemne, la entrada en el canal de la flota fondeada en Puerto-Said.

Con arreglo al ceremonial convenido de antemano el *Aigle* se puso á la cabeza del náutico cortejo, seguido del *Grif* á cuyo bordo estaba el emperador de Austria. Los demás buques, en número de cuarenta, iban detrás y las impresiones en cada uno de ellos eran de las más vivas. El canal, era pues, una realidad, puesto que todas las marinas del mundo podían hacerse representar en la inauguración.

El 48 toda la flota estaba reunida en los lagos Amargos y todos los convidados llegaban al puerto de Ismailia, donde se hicieron las fiestas de la inauguración. Nada diremos aquí ya de los lagos Amargos, sobre los cuales hemos dado en nuestro estudio del canal las noticias más completas. Lo que sí diremos es que Ismailia el día de la inauguración no era ya el modesto pueblo de cuatro ó cinco mil almas que ha hecho surgir allí el canal como por encanto en medio del desierto. Ismailia era entonces una capital de cincuenta ó sesenta mil habitantes, procedentes de todos los países, levantinos, europeos, egipcios, árabes, turcos, judíos, franceses, españoles, ingleses, alemanes, italianos, un punto de reunión universal en donde la confusión de lenguas y de trajes producía un tumulto pintoresco y magnífico á la vista.

Las fiestas de Ismailia han tenido el mismo carácter que presentan nuestras fiestas europeas. Hubo banquetes, bailes, fuegos artificiales: únicamente la *fantasía* árabe dió un colorido oriental á las fiestas organizadas.

En el banquete de Ismailia la emperatriz entregó á M. de Lesseps las insignias de gran cruz de la Legión de Honor, y el virey la condecoración de la gran cruz del Osmanié.

Citaremos un solo hecho para demostrar á nuestros lectores hasta qué punto el virey quiso ser ostentoso, aun en los menores detalles de la hospitalidad que tan generosamente ofreció á sus convidados. Como era imposible que Ismailia pudiera dar abrigo á tan inmensa multitud, el virey mandó levantar entre la población y el canal de agua dulce más de mil tiendas y mandó también que se pusieran centenares de mesas en donde todo el mundo podía presentarse á discreción. El fondista del Cairo encargado de este servicio recibió dos millones de francos por su cocina.

Pasadas las fiestas de Ismailia, la flota volvió á ponerse en marcha en el mismo orden con que había salido de Puerto-Said y llegó á Suez en medio de las aclamaciones nacionales.

El éxito más feliz y más completo coronaba esta gigantesca empresa. En Puerto-Said, en Ismailia, en Suez, en Alejandría y en el Cairo, la alegría era general, las dudas se habían borrado de los espíritus más prevenidos. Los buques iban de Puerto-Said á Suez y volvían de Suez á Puerto-Said. El canal estaba concluido y la entrega se había hecho puntualmente el día prefijado.

Bajo este concepto puede decirse que la impresión de los convidados que vuelven á Europa después de haber asistido á las fiestas de inauguración es de las más favorables. Hasta la Inglaterra y la Turquía que habían opuesto tan obstinada resistencia á las ideas y promesas de M. de Lesseps, se muestran hoy completamente confiadas acerca del porvenir de la explotación del canal.

H. V.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA

(Continuación.)

— Las aprovecho todas, repuso el subteniente.
— Ante todo, óyeme, añadió doña Rosa. Has de saber que no vivo sola.
— ¿Cómo es eso? ¿Me has dado por ventura un padrastro?
— No, hombre, no; tengo en mi compañía á una jóven que se ha quedado huérfana.
— ¿Será muy bella?
— Encantadora.
— Una heroína de novela, ¿no es verdad?
— ¡Que todo has de echarlo á broma!... La jóven de que hablo es bella, de talento, y lo que es más...
— ¿Rica?
— Doce mil duros.
— ¿En dónde está, en dónde está? preguntó el subteniente, levantándose como si le anunciaran que el enemigo le esperaba.
— Habita el gabinete principal, pero no sabe tu venida.
— Por otra parte, á juzgar por las frases que la he oído, no tiene la mejor opinión de los hombres, y es necesario, si quieres agradaarla, que abandones la vida aven-

turera de las armas, para vivir de tus rentas como un vecino pacífico de Madrid, ó de cualquiera capital de provincia; que te presentes á sus ojos de una manera completamente distinta á la que te caracteriza, y que conquistes su corazón con la mayor habilidad.

— Eso corre de mi cuenta. ¿Con que... doce mil duros?
— Sí, hijo, sí, ¡gran bocado! ¿no es verdad?

— ¡Dioscientos cuarenta mil realazos! que puestos á una carta podrían convertirse en cuatrocientos ochenta mil... y si venía derecha cuadruplicarse. Nada, nada, es necesario que yo vea á esa jóven; que la conquiste en los seis días de licencia que tengo, para proporcionarme con su amor la absoluta.

Doña Rosa pidió á Isabel permiso para presentarla á su hijo, anunciando á la jóven, que había llegado con una comisión del servicio, y que la había sorprendido agradablemente.

Enrique quedó prendado de la belleza de Isabel.

La jóven le recibió con la mayor frialdad, y doña Rosa comprendió desde luego, que todos cuantos esfuerzos hicieran tanto ella como su hijo, serían inútiles.

Tal vez no se había equivocado doña Soledad, al aconsejar á su hija que buscara un esposo para no verse desamparada en el mundo.

Por de pronto, la suerte había querido que cayese en poder de una mujer avariciosa, y estaba á punto de sufrir las consecuencias de esta avaricia, y lo que era peor, de una pasión violenta que su belleza había inspirado al jóven militar.

¿Cómo luchar con aquellos dos vicios?

Isabel necesitaba un marido, un protector, un ser que la amparase, que la defendiese.

¿Lo halló?

Vamos á verlo.

XIV.

CONTRA AVARICIA LARGUEZA.

Nada hay más perjudicial en el mundo, que el amor excesivo y obcecado de una madre vulgar.

Doña Rosa, que á la vulgaridad unía la avaricia, decidió pasar por todo, con tal de que su hijo abandonase la carrera de las armas, y pudiese encontrar en Isabel una esposa y un dote.

Como la señora Felicianita vivía en una casa próxima á la suya, iba á ver todos los días á la señorita Isabel, y esto no agradaba mucho á doña Rosa.

— Lo primero que necesitamos hacer, dijo á su hijo, es alejar á la portera.

— Eso corre de mi cuenta, dijo el atolondrado subteniente.

Buscó al propietario de la casa, en donde desempeñaba las funciones de canchero la señora Felicianita, y le refirió una historia que había inventado en perjuicio de la buena mujer.

Doña Rosa, por su parte, hizo que algunos de los vecinos de la casa, que como sucede siempre, estaban descontentos, se quejasen al casero, y dos ó tres días después fué llamada la señora Felicianita á su presencia, y recibió la orden de dejar libre la portería.

Apenas supo esta noticia, con las lágrimas en los ojos fué á buscar á la señorita Isabel para referirle lo que le pasaba.

Doña Rosa no había contado con la determinación de la portera.

Cuando llamó á la puerta, ella fué quien salió á abrir.

— ¿Qué busca Vd. aquí? preguntó al verla.

— ¿No me conoce usted?

— Sí, señora, pero deseo saber qué es lo que le trae á usted por esta casa.

— Vengo á ver á mi señorita.

— Está ocupada, no puede recibirla á usted.

— ¿Cómo que no puede recibirme? Dígame Vd. que estoy aquí.

— Aun no ha salido de su cuarto, y no es cosa de incomodarla.

— Abra Vd., abra Vd., dijo Isabel, que había oído la conversación y reconocido la voz de la portera.

— ¿Lo ve Vd.? exclamó esta, pintándose en su rostro una alegría que contrastó con las lágrimas que surcaban sus mejillas.

Doña Rosa se excusó con Isabel, pretextando que como no la había visto todavía, pensaba que estaría ocupada, y que no quería recibir á nadie.

La señora Felicianita entró en el cuarto de la jóven, y doña Rosa se puso á escuchar detrás de la puerta.

La conversación que medió entre Isabel y su antigua portera no hace al caso.

Baste saber que doña Rosa frunció el ceño al oír estas palabras que pronunció Isabel:

— Pues nada, señora Felicianita, no se apure Vd.; vivirá Vd. en esta casa al lado mío, y yo pagaré su pupilaje. Ahora mismo llamaremos á doña Rosa para hablar del asunto.

No pudiendo contenerse la madre de Enrique, abrió la puerta, y con los ojos encendidos por la ira:

— Aquí me tiene Vd.; precisamente pasaba por la puerta cuando Vd. hablaba. He oído que me necesita usted, y aquí vengo.

— Llega Vd. á propósito. Esta pobre mujer, añadió Isabel señalando á la señora Felicianita, ha sido despedida de la portería, y como yo le debo tantos favores y le tengo tanto cariño, he resuelto que se quede á mi lado. Usted dirá cuánto he de darle por su manutención.

— ¿Está Vd. en su juicio? exclamó doña Rosa. ¿Cree

usted que yo voy á consentir que esté en mi casa una portera?

— Y ¿por qué no? dijo la señora Felicianita.

— Porque mi casa no es posada.

— Sin embargo, á mí me hospeda usted.

— Usted es otra cosa; al fin y al cabo es Vd. una persona decente. Pero una portera...

La señora Felicianita no pudo olvidarse de su origen, y poniéndose en jarras:

— ¡Miren la señorona! exclamó, como si no supieran en el barrio quién es usted. Pues hija, hace Vd. mal en tener *fantasía*, porque yo soy vieja, me acuerdo haberla visto á Vd. muchas veces en la calle vendiendo naranjas, y sé que se casó Vd. con un cochero del señor marqués, y que pusieron Vds. casa de préstamos. Con que ya ve usted que no tenemos nada que echarnos en cara.

— ¿Querrá Vd. todavía, dijo doña Rosa, que tenga yo en mi casa á esta calumniadora?

— La calumniadora será usted...

— Si no mirara esas canas...

— ¿Qué haría Vd.? dijo la señora Felicianita adelantándose en actitud amenazadora hacia doña Rosa.

— Agarrarla á Vd. de una oreja y ponerla de patitas en la calle.

— Hágalo Vd. si se atreve.

— Y tanto como...

Un segundo más, y las dos se habrían ido á las manos si Isabel no se hubiera interpuesto.

— Basta, señora, dijo; Vd. podrá tener la opinión que quiera de esta buena mujer; yo la estimo demasiado, y si ella no puede permanecer aquí, tampoco yo.

— Bien, señorita, bien, así me gusta, exclamó entusiasmándose la portera.

— Disponga Vd. de mi habitación, añadió la jóven, porque voy á salir en este instante con la señora Felicianita á buscar otra casa: quiero vivir independiente, teniendo en mi compañía, me cuidará, y no necesitaré vivir al lado de nadie.

— Haga Vd. lo que quiera, dijo doña Rosa, pero yo le aseguro á esta bruja que me las pagará.

Isabel se puso la mantilla y salió con la señora Felicianita, dispuesta á buscar casa y á no permanecer al lado de doña Rosa más que el tiempo preciso.

Inmensa fué la desesperación que se apoderó de la avara al ver que la portera había echado por tierra todos sus planes.

El tiempo urgía, por otra parte la licencia de su hijo se acababa después de haberla prolongado, y cuando llegó Enrique, después de haberle referido lo que había pasado:

— Es necesario, le dijo, que te ingenies para que no se marche Isabel, para que á toda costa seas su esposo.

— Un medio se me ocurre, exclamó el jóven, pero es preciso que tú me ayudes para llevarle á cabo.

— Dí cuál, hijo mío, y cuenta con mi apoyo.

— Por lo que yo he notado, es muy sentimental; frágil es una historia. Ella se ha incomodado contigo, porque te has negado á recibir en casa á la portera: pídele mil perdones cuando venga, y dile que no extrañe tus malos modos de hoy, porque estabas sumamente enfadada conmigo. Busca cualquier pretexto, inventa algún pecado que atribuirme con tal de que no me haga daño, de que me presente á los ojos de la jóven como un héroe de novela; añade que has reñido conmigo, llora diciéndole que esto te causa un gran sentimiento... Que-
dad las dos en buenas relaciones; yo buscaré los medios de detenerme algunos días al lado tuyo, me presentaré á ella implorando su intercesión para hacer las paces contigo, y lo demás déjalo por mi cuenta. ¿Qué te parece mi plan?

— Me parece magnífico, porque después...

— Lo demás déjalo por mi cuenta: yo procuraré hacerme interesante á sus ojos, la visitaré á menudo, y cuando llegue el caso, cuando la gente al notar que voy á su casa dos ó tres veces al día sospeche de ella, cuando yo pueda dar un pequeño escándalo, entonces no tendrá más remedio que casarse conmigo para salvar las apariencias.

Madre é hijo convinieron en que el proyecto era excelente, y doña Rosa lo puso en práctica apenas volvió Isabel.

Y desempeñó tan bien el papel que su hijo le había dado en aquella comedia la buena de doña Rosa, que no solo pidió mil perdones á la jóven, sino que hasta dió toda clase de satisfacciones á la señora Felicianita, y llorando después amargamente por el disgusto que le había dado su hijo, Isabel la creyó de buena fe, y cuando doña Rosa la suplicó que no se separase de su lado, porque después de perder el cariño de su hijo, perder su compañía era para ella un nuevo dolor:

— Ya es imposible que vivamos juntas, dijo la jóven, he tomado una casa, he adquirido los muebles necesarios para vivir en ella y mañana me trasladaré allí.

— Pues al menos para que yo me convenza de que no me guarda Vd. rencor, que pase aquí la noche la señora Felicianita.

Accedió Isabel, y por la noche cuando ella y doña Rosa se quedaron solas, continuó la segunda comedia.

Para que tuviera más viso de verdad la fábula que había inventado, dijo á la jóven que su hijo, arrastrado por unos amigos, había jugado la noche anterior y había perdido la enorme suma de 40,000 reales.

— Ya ve Vd., añadió, ha perdido en una noche por no saber jugar como los calaveras de sus amigos, una cantidad que no poseo en metálico, y que necesitaré tomar sobre los únicos bienes que me quedan y que constituyen la escasa renta de que disfruto para vivir.

— Tranquícese Vd., dijo Isabel, Dios abrirá camino.

— Sí, señora, pero mi hijo me ha dado un disgusto que no le perdonaré nunca. Le he arrojado de mi casa y ya no volverá á ella.

— ¿Por qué tanto rigor? Acaso no ha sabido lo que ha hecho, y si añade Vd. al pesar de haber perdido el que causará en su alma al verse privado del cariño de una madre, comprenda Vd. cuánta será su desesperación.

— Es cierto, pero no se lo perdonaré nunca. ¡Yo que vivía tan arreglada, tener que entenderme ahora con los usureros!...

— ¿No ha dicho Vd. que son 40,000 reales lo que ha perdido? Pues bien, yo daré á Vd. mañana esa cantidad y Vd. me la devolverá cuando pueda.

— ¿Será posible? exclamó doña Rosa olvidándose, ante su codicia satisfecha, del proyecto que su amor maternal había concebido en favor de su hijo.

— Sí, señora; no soy rica, pero puedo sacar á usted sin sacrificio alguno, del compromiso en que se encuentra.

Al día siguiente Isabel, antes de despedirse de doña Rosa, salió á la calle, tomó del Banco la cantidad que necesitaba para cubrir sus atenciones y facilitar aquella suma á la madre de Enrique, y volvió á entregársela.

Doña Rosa se guardó muy bien de contar á su hijo el desenlace que había tenido la comedia.

Jamás había visto reunidos 40,000 reales, y ante la idea de poseerlos, su entusiasmo fué tal, que llegó á sentir verdadera simpatía hacia Isabel.

La generosidad de la joven había triunfado de la avaricia de doña Rosa.

La generosidad había sido el primer marido que la había salvado del primer escollo con que había tropezado en la vida, al encontrarse en la orfandad.

XV.

COMPLICACIONES.

Isabel se instaló en una casa de la calle de Silva; amuebló con modestia, pero con elegancia, su habitación, y resolvió probar al mundo entero que la mujer, por bella, por joven, por débil que sea, puede vivir sin la defensa de un marido, siempre que las virtudes la acompañen.

La señora Feliciano estaba en sus glorias, porque, como ella decía, tenía asegurado el pan, estaba á gusto en compañía de la señorita Isabel, y no tenía que lidiar con los inquilinos de la casa.

Pero... preguntarán mis lectores:

— ¿No era Isabel joven?

— Sí por cierto, tenía veinte y dos años.

— ¿Y había perdido ya las ilusiones?

— Las ilusiones no, toda vez que creía que el despecho de su alma era un frío y eterno desengaño, toda vez que se hacía la ilusión de que su corazón había muerto para el amor.

— ¿Y no pensaba en Mariano?

— Mucho... en vano procuraba sentir indiferencia para él; lo que sentía era odio, odio implacable, porque después de haberla revelado la felicidad con su cariño, se la había arrebatado con su veleidad, con su falsía.

— ¿Y sabía el paradero del joven?

— No por cierto.

— Y podría Vd. decirnos qué fué de él?

— Si Vds. me consienten que lo diga en muy pocas palabras, lo haré con mucho gusto.

Mariano se delató, y fué conducido al Saladero.

La desesperación que se apoderó de su alma fué tan grande, que alteró sus facultades intelectuales.

Cuando se presentó ante el juez para sufrir el primer interrogatorio, sus respuestas demostraron al representante de la justicia, que su razón se hallaba extraviada.

Fué puesto en observación, y la soledad, la tristeza que se apoderó de su alma, la idea de haber perdido con el amor de Isabel toda su felicidad, concluyeron de arrebatarle el juicio, y después de una larga enfermedad, fué conducido á Leganés, donde permaneció mientras pasaban á su amada las desventuras que va á ver el lector.

Enrique habló con su madre y esta, que había satisfecho su codicia con la generosa dádiva de Isabel, trató de disuadirle de su idea.

Pero era tarde.

El militar, que al pronto había visto en el proyecto de su madre un buen negocio, llegó poco á poco á prendarse de Isabel, y pintándole su imaginación los hechizos de la joven como una dicha suprema, deseó á toda costa ser dueño de su amor.

Dos ó tres días después de la partida de Isabel, llamó Enrique á la puerta de su casa.

La señora Feliciano anunció su llegada.

Isabel le recibió.

— Usted dispensará la libertad que me tomo, dijo Enrique, pero sufro mucho, sé que tiene Vd. un corazón bondadoso y he venido á suplicarle un favor.

— Hable Vd., contestó la joven con su natural severidad.

— No sé si mi pobre madre ha referido á Vd. el disgusto que la he dado... ¡Oh! no me lo perdonaré nunca...

— ¿Qué no le ha absuelto á Vd. todavía?

— No he tenido valor para presentarme á su vista, me arrojé de su lado y... yo la conozco, no me perdonará, si Vd. que, tanto afectó la inspira, no intercede por mí.

Había al parecer tal sinceridad, tal compunción en las palabras de Enrique, que Isabel le creyó de buena fe, y

ofreció ver á doña Rosa para participarle el arrepentimiento de su hijo.

Así lo hizo, y la madre, que no podía dejar á Enrique por embustero, fingió una vez más y se prestó á la reconciliación.

Aquella misma tarde se abrazaron madre é hijo en presencia de Isabel, y esta, que creía tener mucha experiencia de las cosas del mundo, se fué muy satisfecha.

Por la noche estuvo Enrique á visitarla de nuevo.

— No pagaría á Vd. ni con mi vida el beneficio que me ha dispensado, le dijo; gracias á Vd., he obtenido la absolución de mi madre, y mi gratitud es tanta, que deseo ser su amigo de usted.

Isabel continuó dando crédito á aquella farsa, y como se creía invulnerable, accedió también á aquella súplica. Con la mejor buena fe del mundo, divulgó la señora Feliciano en el barrio que su señorita era huérfana y rica.

En estos tiempos, una mujer joven y rica, es lo que se llamaba en el siglo pasado un *bocatto di cardinali*, y lo que en el actual se llama un *buen negocio*.

Ó lo que es lo mismo, los vecinos y muchos que no lo eran, se pusieron en guardia para aprovechar la primera ocasión de demostrar á la joven que pensaban en ella.

Había en la casa de al lado una viuda, joven aun, y bastante agraciada.

Su historia parecía una novela.

Se llamaba Filomena.

Había nacido en Avila, sus padres la habían traído á Madrid en setiembre de 1858, y la habían dejado en compañía de una tía que vivía sola, y que era viuda de un coronel.

Como era natural, los que visitaban la casa de doña Gumersinda eran militares.

Los cazadores de Madrid eran por entonces los héroes á la moda.

Un subteniente hizo la corte á Filomena, y después de los consabidos paseos por la acera de enfrente, las cartas perfumadas en papel de color de rosa, los telégrafos, las conversaciones por el ventanillo, etc., etc., llegaron á entenderse, y convinieron en que se casarían cuando él fuera capitán.

Entre paréntesis: no conozco nada más triste que este detalle de las bodas de los militares.

Eso de contar con que puede morir el novio y aguardar á que sea capitán para que quede *viudedad* á la viuda, me parece terrible.

Yo creo que si fuera capitán me moriría de tristeza al oír decir á mi futura:

— ¿Con que dentro de un mes asciendes á capitán?

— Sí, monona.

— No puedes figurarte cuánto me alegro... porque ya podremos contar con la viudedad.

Vamos... declaro que esto es espantoso.

Pero prosigamos.

Filomena y Pablo no tuvieron paciencia.

Los padres de la joven murieron, su tía era alegre de cascós, y al ver que los dos tórtolos se amaban:

— Si teneis mucha prisa, les dijo, casaos. ¿Qué puede suceder? que Pablo se muera y que te quedes sin viudedad. Eso no importa, yo tengo 2,000 duros puestos sobre una casa, y cuando yo me muera te quedarán ahí para sacarte de apuros.

Esta confesión animó á los novios, arreglaron los papeles, se casaron, fueron muy felices... y en esto comenzó la guerra de Africa.

Pablo tuvo que dejar la compañía de su esposa por la de los soldados, su casita por la tienda de campaña, las caricias de su mujer por las caricias de las espingardas de los riffeños.

Y lo peor es que Filomena se quedó en cinta.

Pablo se portó como un héroe, y ganó las dos estrellas; pero el mismo día que nuestros valientes soldados entraron victoriosos en Tetuan, Pablo murió como un valiente en el campo del honor.

Cuatro meses después nació una niña de su matrimonio, pero la pobrecita nació huérfana de padre.

Entonces fué cuando Filomena comprendió que había hecho mal en casarse con un subteniente.

— Si al menos hubiera sido capitán, se dijo.

Este fué el epitafio que consagró á la memoria de su esposo.

Doña Gumersinda tomó dinero sobre su hipoteca, tía y sobrina fueron trampeando, como suele decirse, y de esta suerte trascurrieron cuatro años.

La buena señora se murió; Filomena escuchó el amoroso reclamo de un solterón bastante rico, accediendo á sus ruegos, puso á su hija en un colegio y se dió buena vida.

El solterón se cansó de gastar la fortuna que debía reservar para dos sobrinos suyos, estos le hicieron ver que Filomena no le convenía, y una mañana recibió la viuda una carta con seis billetes de 4,000 reales y un adiós eterno.

Los duelos con 6,000 reales pueden soportarse mucho mejor que con pan.

Filomena se halló en una casita bien amueblada, se miró al espejo, y el espejo le dijo que aun era guapa; y como no tenía afición á coser y era alegre de cascós, eligió el balcón de su casa para pasar en él la mayor parte del día.

Los galanes no tardaron en rondar la calle, y como en la apariencia vivía con desahogo y hasta con lujo, y nadie veía á su hija, que aun estaba en el colegio, no faltó quien pasase más de una noche en vela creyendo poner una pica en Flandes si obtenía su mano.

Filomena era la vecina más predilecta del sexo feo en la calle de Silva; pero los que más fervientes adoradores

suyos parecían, dejaron de quemar incienso en sus aras, al saber, gracias á las habladoras de la señora Feliciano, que Isabel era joven, bella, soltera y rica.

Filomena envidió á Isabel, y ya sabemos hasta qué extremo puede llegar una mujer envidiosa.

Entre los dos pretendientes más asíduos de la viuda, había un caballero particular, de unos cuarenta años, grueso, buen mozo y rico, cuyo único flaco era precisamente lo que le hacía estar gordo.

Tenía un apetito voraz, ó en otros términos, su pasión dominante era la gula.

Don Lupercio, que había estado en América, y que vendiendo ropas hechas había *hecho* á su vez una buena fortuna, deseaba casarse para mejorar de vida, y aunque pensó en la viuda, al tener noticia de Isabel, la prefirió por Filomena.

Esta no tardó en notarlo, vió que se le escapaban los novios de las manos, y concibió un implacable odio hacia su vecina, prometiéndose vengarse de ella.

Al notar las asíduas visitas de Enrique, comprendió que el joven militar entraba en casa de Isabel con intenciones hostiles.

Sin pérdida de tiempo averiguó su nombre, recordó que su esposo había estudiado en el colegio de Toledo con un joven del mismo apellido, y olvidándose de sí misma, porque la envidia nada ve, le escribió una carta muy atenta pidiéndole una entrevista para hacerle una pregunta acerca de su esposo.

Enrique, que dicho sea de paso, había logrado que le trasladasen á un regimiento de guarnición en Madrid, accedió al llamamiento de Filomena.

Dos motivos le impulsaron á ir: la curiosidad y la esperanza de saber por ella algo de su vecina.

Su entrevista merece referirse.

XVI.

UNA CALUMNIA.

— Usted dispensará la libertad que me he tomado, dijo Filomena á Enrique, pero sé que fué Vd. íntimo amigo de mi desventurado esposo; me han dicho que debo pedir al gobierno la recompensa de sus servicios con una pensión para mi hija, y le he llamado á Vd. con el objeto de suplicarle, por la memoria de su amigo, que me ayude en mi empresa.

— Muy difícil será conseguir lo que Vd. quiere, contestó Enrique, pero lo intentaremos. Fuí, en efecto íntimo amigo del desgraciado Pablo, y me pongo por completo á las órdenes de usted.

Como Filomena era guapa, coquetó con ella el militar, y pasando insensiblemente la conversación de la etiqueta á la confianza:

— ¿Es Vd. casado? le preguntó Filomena.

— No, señora, y lo siento, porque tengo la mejor opinión de las mujeres.

— Eso se ve á la legua.

— ¿De veras?

— Pues no; ¿qué mujer no conoce á primera vista si el hombre con quien habla es ó no aficionado al bello sexo?

— Yo no lo niego; creo que es un deber en nosotros adorar á ustedes.

— Sin duda para practicar esa teoría viene Vd. á menudo á una casa que está muy próxima á la mía.

— ¿Usted sabe?...

— Yo no... Dios me libre de ser curiosa; pero da la casualidad de que siempre que me pongo al balcón, le veo á Vd. entrar en casa de la vecina.

— Es una antigua amiga de mi madre.

— No será muy antigua.

— ¿Por qué lo dice usted?

— Porque es muy joven.

— Cierto, pero...

— Y muy guapa... Hace Vd. bien en rendir homenaje á su belleza.

Enrique era militar y no pudo menos de decir:

— Eso se hace cuando no se la ha visto á usted.

— Por Dios, Enrique, no vaya Vd. ahora á hacerme la corte.

— Soy sincero.

— Como todos los hombres.

— Veo que no es muy favorable la opinión que le merecemos.

— Aunque no soy vieja, soy viuda, y sé lo que es el mundo. Por lo demás, yo comprendo y disculpo que galancee Vd. á esa joven.

— ¿Y quién dice que la galanteo?

— Toda la vecindad.

— ¿Es posible que hayan notado mis visitas, que la mas inocente amistad haya sido interpretada de ese modo?

— La culpa no es de usted.

— ¿Pues de quién?

— De ella.

— No comprendo.

— Vamos, Enrique, no se haga Vd. tan cándido. ¿Pues qué no sabe todo el mundo, ó por lo menos las personas que habitan en la calle de Silva, quién es esa mujer?

— ¿Qué dice usted?

— ¿No vive sola?

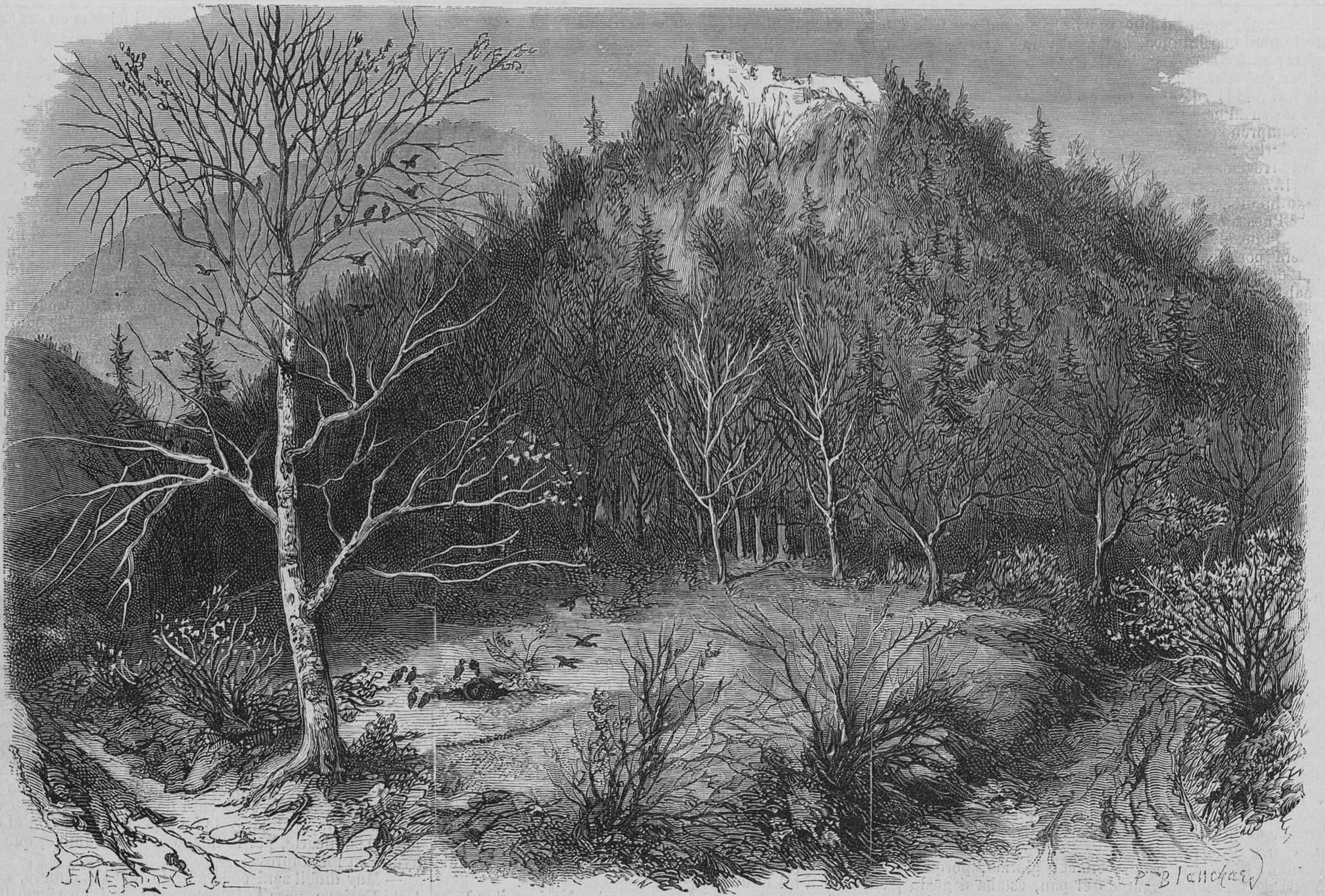
— Sí.

— ¿No es joven?

— Sí.

— ¿No es bella?

— Sí, por cierto.



LOS CRÍMEMES DE TROPDMANN. — Sitio en donde se ha descubierto el cuerpo de Kinck, padre, en la selva de Herrenfluch.



Trasporte del cuerpo de Kinck, padre. — (Véase la Revista de Paris.)

— ¿No es rica?
 — Así parece.
 — ¿Y cree Vd. ser el único hombre que entra en su casa?
 — Vive muy retirada, y francamente ignoro que la visiten mas personas que mi madre y yo.
 — Pues Vd. y su madre viven equivocados. Si no hubiera Vd. sido íntimo amigo de mi esposo, si no le viera á Vd. en peligro, me guardaría muy bien de decir una sola palabra; pero debo advertirle que esa jóven recibe visitas misteriosas, que aunque parece que nunca ha roto un plato, ha labrado la desgracia de un jóven á quien ha arrebatado la razon; un pobre artista, que segun mis noticias está en el hospital de Leganés.

Todas estas noticias produjeron una fuerte impresion de asombro en Enrique.

— ¿Está Vd. segura de lo que dice?

— Segurísima; pero no es eso solo.

— ¿Aun hay mas?

— En esta misma calle vive un americano, ó por lo menos un hombre que se ha enriquecido en América; un hombre de pasiones desordenadas, un verdadero libertino. Venga usted, venga Vd., añadió llevándole al balcón... ¿le ve Vd. allí? Se pasa el dia asomado, contemplando á la niña.

— Mientras no pase de hacerle el oso.

— Es que ha pasado ya.

— Por Dios, señora, me está Vd. haciendo daño.

— Porque le quito dulces ilusiones... algun dia me agradecerá usted que desempeñe este odioso papel.

— ¡Si parece increíble!

— Ya sabe Vd. que la vecina vive con una vieja.

— La antigua portera de su casa... una bruja.

— Dice Vd. bien... esa es la que, mimada por el vecino, ha servido de intermediaria para ponerlos en relaciones...

— ¿Luego se visitan?

— Vaya si se visitan, mas á menudo de lo que usted cree. ¿Usted no viene nunca por la noche, no es verdad?

— No, señora.

— Pues venga Vd., y verá Vd. todos los dias entrar en su casa apenas anochece á don Lupercio.

— Si que lo haré, dijo Enrique, y levantándose, porque estaba impaciente. Doy á Vd. muchas gracias, señora, añadió, por el bondadoso interés que la inspiro, y ofrezco no olvidar las indicaciones que por mi bien me ha hecho.

Se despidió de Filomena, y esta frotándose las manos:

— Ya he empezado á vengarme, se dijo: yo le juro que tendrá que abandonar la calle, so pena de pasar á los ojos de todo el mundo como una miserable aventurera.

No hay enemigo mas terrible que la envidia.

— ¿Será verdad lo que me ha referido? pensó Enrique... ¡Es imposible que una jóven tan bella, tan pura, tan modesta, sostenga relaciones de esta clase! ¿Y por qué no? ¿No es el mundo una farsa? ¿No se cubre el vicio con la máscara de la virtud? La verdad es, que segun mis noticias, cuando vivia al lado de su madre era pobre, habitaban las dos un sotabanco; ella trabajaba... ¡Oh! no hay duda... hay un misterio en su existencia y necesito descifrarle.

Una nueva idea cruzó por su mente.

— En último resultado, se dijo, ¿qué me importa para mis fines que sea ó no tan honrada como hasta ahora la he creído? Ella ha declarado mas de una vez y muy rotundamente que no se casará nunca; gracias á la comedia que he representado á sus ojos, me cree su agradecido, su verdadero amigo, tiene confianza en mí y... ¡qué diablo! ¿no ha de lograr lo que otros? ¡Ah! yo averi-

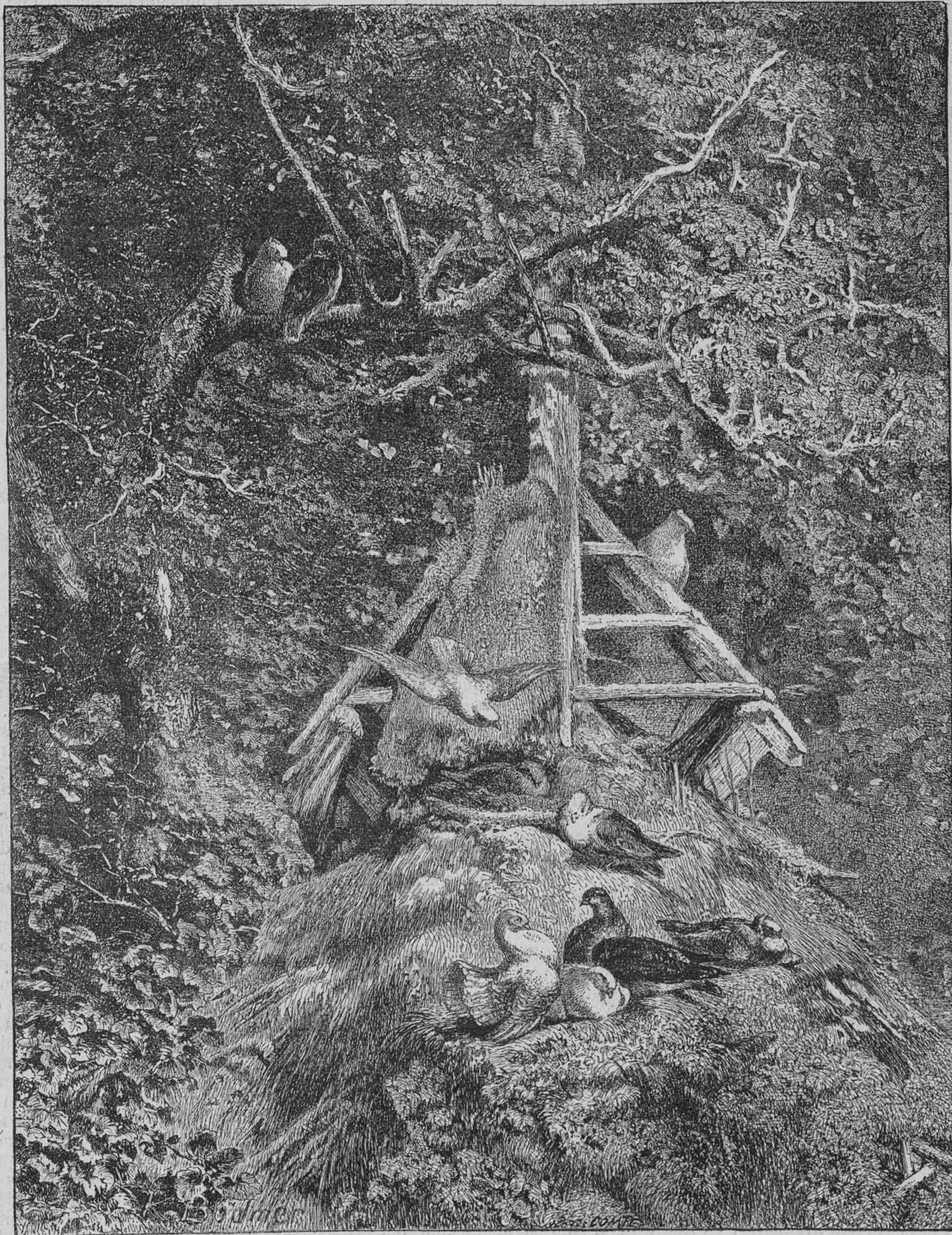
guaré la verdad y realizaré la pasion que devora mi alma.

Animado por este propósito redobló sus visitas á Isabel.

Al mismo tiempo visitó á Filomena, la cual continuando su comenzada obra, no cesó de atizar las sospechas que habia encendido en su alma.

Dos ó tres dias despues tuvo ocasion de probarle que no le habia engañado, al nunciarle que don Lupercio entraba en casa de Isabel.

No contenta con desprestigiar á su vecina á los ojos de Enrique, se valió de su criada para divulgar las calumnias que habia inventado, y gracias á la facilidad con que se acogen los rumores que tienden á desprestigiar, no tardó en ser Isabel para los vecinos de la calle de Silva, poco menos que una mujer entretenida.



CUADROS DE LA NATURALEZA. — El palomar.

Sin embargo, Isabel vivia tranquila, porque su conciencia no la mortificaba.

XVII.

UNA CONSPIRACION.

Antes de pasar adelante, debo explicar las circunstancias que concurrieron á que el vecino americano visitase á Isabel.

La verdad es que al verla, sintió hácia ella una viva simpatía: esta fué la primera impresion que recibió.

Como deseaba buscar una compañera que le cuidase, para disfrutar á su lado de la fortuna que habia traído al regresar á la Península, hizo que el ama de huéspedes entablase relaciones con la señora Feliciano.

(Se continuará.)

Cuadros de la naturaleza.

EL PALOMAR.

Hé aquí la primavera que ha hecho su instalacion definitiva: reina en toda su gloria, y coronada de flores aparece bajo su tienda de verdura mas espléndida que un pabellon regio, aunque no haya costado nada, ni ostente ricas colgaduras de terciopelo con cordones de oro, ni haya á su lado vigilantes centinelas.

Ahora las hojas ocultan por todas partes el armazon del árbol. Por masas armoniosamente redondeadas, el follaje cuelga de las ramas desde las mas gruesas hasta las mas delgadas. Pero al través de la fresca enramada se distinguen siempre la forma y el aspecto del árbol; se distingue si es una encina, un roble, un olmo, un fresno, un álamo, aun cuando el corte y el color de la hoja no denunciara la diversidad de las esencias...

... En el bosque todo está en movimiento, pájaros é insectos: bajo el influjo de la suave atmósfera, las ninfas se desembarazan de sus larvas, y despues de la larga incubacion en la sombra, se lanzan alegremente hácia la luz, hijos póstumos que no han conocido á sus padres y que no conocerán jamás á su posteridad. Legiones de insectos con alas de brillantes colores, que hace poco se arrastraban con oscuras libreas, revolotean aquí y acullá embriagados con la libertad reciente y gozando con delicias de la vida ligera, alada y caprichosa.

Pero no hay necesidad de penetrar en el bosque para ver parejas amorosas. Contemplemos esa vieja techumbre de palomar, dibujada de mano maestra por Bodmer; en mal estado se encuentra; y sin embargo, no por eso deja de ser pintoresco. La hiedra, las zarzas y todas esas plantas parásitas que necesitan la humedad y el salitre han escalado á porfia el vistoso palomar, introduciéndose por las grietas de las piedras desunidas, aprovechando una rugosidad del yeso para subir al asalto como hábiles gimnastas. ¡Qué mezcla, qué confusion de escombros y de plantas, qué antítesis de vigas que se hunden y de flores que brotan! Jamás la naturaleza se muestra mas viva que en medio de la destruccion; así es que constituye la desesperacion de los propietarios y el entusiasmo de los artistas. Y no obstante, el aldeano y el habitante de la ciudad,

igualmente desprovistos del sentido pintoresco, preferirian á ese palomar que aparece en nuestro dibujo, un palomar nuevo, con su torrecilla redonda como un cilindro, blanco con la última mano de cal, con su tejado encarnado y su puertecilla verde.

Pero no son tan tontos los palomos: ellos juguetean á bandadas sobre esas ruinas donde el sol matutino convierte en brillantes las gotas de rocío; ellos se encuentran mas á gusto en ese amable desorden natural, que en la dura simetría humana. Esos terciopelos de liquen son blandísimos: ¿dónde se podria colocar con mas comodidad un nido que en el fondo de ese nicho formado por un hundimiento de la techumbre y protegido por dos palos que se cruzan?

Así sucede que ese refugio en cuesta sobre esa pared ruinosa, en el fondo de ese huerto sin cultivo, es una isla de Citeres para las aves tan queridas de Venus, y que debe querer todavia, si, como dice Enrique Heine, los

dioses de la mitología subsisten siempre escondidos con humildes disfraces; y él debe saberlo, pues mas de una vez le hemos creído el Apolo antiguo que aprendió el alemán en la Universidad de Jena. La Afrodita de oro, para emplear el hermoso epíteto homérico que tan á menudo se aplica á Vénus, encontraría ahí para renovar los tiros de su carro, soberbias parejas, razas magníficas, desconocidas quizá en los tiempos antiguos. Muchas especies descubriría en ese palomar: el palomo patudo que tiene cierta semejanza con el refinado del tiempo de Luis XIII, que llevaba encajes en las botas; el palomo gordiflon, que con su corbata se parece á un maravilloso del Directorio; el palomo pavo real, orgulloso con su belleza, y que ostenta su cola en abanico delante de las hermosas, etc., etc. Y luego en medio de esa luz con matices que deslumbran, palpita el amor en ese viejo palomar, el amor dichoso.

TEÓFILO GAUTIER.

Los dos millonarios,

POR ZSCHOKKE, TRADUCIDO DEL ALEMÁN.

(Conclusion.)

Ciertamente que fué una desgracia lamentable, pues el concejo estaba pobrísimo, y los socorros que se podían esperar del gobierno eran cortos por no decir insignificantes. Nadie sabía cómo podría remediarse tanta desdicha; mas yo no desconfié nunca, antes bien preví que aquella catástrofe podía tener para la comunidad las mas felices consecuencias; pues hallándose ya casi todas las familias pobres por un igual, tenían forzosamente que trabajar para vivir.

Cuando se trató de la nueva construcción de la aldea, envié al gobierno una memoria, en la que procuré demostrar que si se trataba de sacar alguna utilidad de aquella desgracia, se hacia preciso arreglar las nuevas fábricas en términos, que cada casa estuviese situada en el centro de sus campos, con lo que se lograba evitar la repetición de semejante fracaso, y se facilitaba á cada propietario el cultivo de sus tierras. La comisión enviada por el gobierno para ver los sitios aprobó mi propuesta, y á pesar de las quejas y aun amenazas de los aldeanos, me confirió plenos poderes para la ejecución del plan.

No me costó poco trabajo arreglar la repartición y permuta de las tierras para que, en cuanto cupiese, se hallase cada familia en el centro de sus posesiones: pero al fin lo conseguí, si no del todo, aproximativamente, cuando sobrevino otra dificultad, y fué la falta absoluta de madera de carpintería, pues tenia que ir á buscarse, con grandísimo gasto de acarreo, á tres ó cuatro leguas de distancia. Entonces empezaron á lamentarse de no haber comprado el bosque del baron que les habian ofrecido. Mas yo, viéndolos tan apurados, mandé cortar mi encinar, vendí la madera á precios moderados; y para facilitarles aun mas el negocio, les adelanté algun dinero, que, con el valor de la madera, representó un capital cuyo censo me correspondía.

El gobierno contribuyó en lo que pudo, y se abrió una suscripción entre los bañistas para ayuda de costa de los mas pobres. Así es que al cabo de algun tiempo, como por encanto se levantó otra vez la aldea, mas bonita y galana que antes, y con las viviendas separadas como desde aquí puedes verla. No contento con esto, para evitar en lo posible nuevas contingencias de incendio, logré que el concejo se proporcionase los utensilios necesarios para apagarlos, y que llevase un arroyuelo al frente de cada casa. Este nuevo arreglo produjo los felices efectos que yo esperaba; pues no teniendo los labradores que perder el tiempo en idas y vueltas á sus campos distantes, se hallaron en estado de cultivarlos mejor y con mas constancia, porque siempre los tenían á la vista. La necesidad y la pobreza obligaron á muchos al trabajo y á la sobriedad; la taberna fué menos concurrida, mandé al arrendador de mi posada que por ningun término vendiese á los labradores vino, cerveza ni aguardiente; la viuda del difunto alcalde, que seguía con la taberna, alzó la voz contra mí; pero yo no le hice caso, y seguí mi propósito; y en verdad que si aquella mujer hubiese seguido mi consejo, habilitando su casa para posada, lo pasaría mucho mejor.

Todavía me están debiendo los aldeanos una buena parte del dinero que les adelanté, pero esto nada me importa, pues van pagando como pueden.

Esta fué la consecuencia de aquella desgracia; nuestra aldea es ahora la mas bonita y mas morigerada de la provincia; ya no se oye hablar de litigios; las pendenias, que en otro tiempo eran diarias, han desaparecido casi enteramente. Algunos de mis primeros alumnos y alumnas son ya padres de familia, y me pagan mi afecto con otro igualmente entrañable. En casi todas las familias reinan la paz, el órden y el aseo.

XIII.

Aquí llegaba Enjelberto en su narración, cuando vino á interrumpirnos Augusta, que, cual una rosa lozana, rodeada de lindos capullos, vino á nosotros con un niño de pechos en sus brazos, con otro asido de la mano, otro

que la tenia agarrada del delantal, y los otros dos restando delante de ella.

La campana de la iglesia estaba anunciando por todo el valle el servicio divino. Fuimos allá todos juntos, y confieso que me sorprendió la compostura de la crecida concurrencia. El digno pastor acrecentó la dulce conmoción que yo sentía, cuando le oí dirigir sus preces al Criador por la felicidad de sus feligreses, y la ternura con que ensalzó la virtud.

Concluido que fué el servicio divino, toda la comunidad se reunió delante de la iglesia á la sombra de un gran tilo. Enjelberto habló amistosamente con algunos que se le acercaron; subió despues sobre un banco que habia debajo del tilo, leyó algunos decretos del gobierno, los explicó y desvaneció algunas dudas de los circunstantes; y luego señalándome con el dedo, dijo:

— Me cabe la satisfaccion de presentaros un amigo mio antiguo; y deseando celebrar su llegada y enseñarle los jóvenes que mejor se han portado desde el último baile, tengo el gusto de convidar para mi casa á bailar y merendar esta tarde á los siguientes:

Dicho esto, empezó á leer una larga lista de nombres de jóvenes de entrambos sexos, que tenia escritos en un pliego de papel. Esta feliz nueva causó general satisfaccion, segun eché de ver en la dulce sonrisa que fué cundiendo por todos los rostros. Separóse luego la reunion. El cura, anciano venerable y amabilísimo, el maestro de escuela Alberto, labrador sencillo, inteligente y desceoso de instruirse, la mujer de este, y el cirujano con su consorte, comieron con nosotros en la posada de los baños; y confieso que en medio de tan buenas gentes pasé un dia venturoso que jamás se borrará de mi memoria. Lo que mas me pasmó fué el concierto que me dió mi amigo. Figúrense Vds. cuarenta y siete voces de niños y niñas, hombres y muchachos, cantando coros y piezas concertantes de Mendel, Haydn y Rolle, pero con tanto acuerdo, con tanta limpieza y despejo que no me acuerdo haber oido cosa igual. Enjelberto, Augusta y el mayor de sus hijos cantaron con los demás. Hizose el concierto al descampado, á la espalda de la casa, en sitio adecuado: el eco de los peñascos lejanos nos devolvía con doble embeleso los sonidos armónicos, mientras que el sol, descendiendo al ocaso, doraba suavemente todo el paisaje.

— ¡Y todo eso es obra de un solo hombre! decía yo entre mí; y este hombre, á quien por donde quiera cercaban sus propias creaciones, allí estaba tan modesto y tan sencilló como los labradores que le rodeaban.

Luego que el concierto estuvo terminado, me hallaba yo tan conmovido, que sin ser poderoso para otra cosa, eché á Enjelberto los brazos al cuello, y lo estreché contra mi corazón, exclamando en medio de mi entusiasmo:

— ¡Tú eres el hombre mas grande de la tierra!

Llegada la hora del baile, tuve que abrirle con Augusta. Pero ¡qué sencillez, qué decoro! Y el cura venerable andaba recorriendo las parejas, animándolas con su paternal sonrisa como un abuelo rodeado de sus hijos y nietos. Para merendar nos sentamos todos revueltos así como nos halló el aviso; y una aldeana jóven, que acertó á ser mi vecina, me entretuvo con mas gracia y discrecion que muchas de las señoras cortesanias que he conocido.

Tan pronto como mi criado se halló restablecido, y compuesto el coche, tuve que salir de Hard. Nada diré del sentimiento con que me despedí de Enjelberto y de su consorte, pues no acertaria á expresarlo.

XIV.

CONCLUSION.

— Ahí tienen Vds., prosiguió el señor R., la historia de mi segundo millonario; ahora pueden Vds. sacar de ella las consecuencias que de la misma se desprenden para despejar el punto que estábamos ventilando.

Los mismos que con mas calor habian defendido la misantropía de Casimiro Morn no pudieron negar que Enjelberto habia tenido tantos motivos como Casimiro para aborrecer á los hombres; y confesaron que Enjelberto, puesto en lugar de Casimiro, no hubiera parado en misántropo, sino en bienhechor de sus semejantes. Con todo no quisieron habérselas con Casimiro ni Rousseau, disculpándolos á entrambos con su sensibilidad exquisita y delicada.

— Seamos francos, exclamó por fin el señor R. Así Casimiro como Rousseau fueron dos hombres bondadosos, que fácilmente se prendaban de las cosas, y por lo mismo se engañaban con frecuencia, y pararon en misántropos; uno y otro tenian mas vanidad que humildad, mas fantasía que inteligencia, y por lo mismo se formaron del mundo ideas equivocadas, y de ahí su injusto retraimiento de los hombres, mirándolos á todos como malvados. Enjelberto, al contrario, atesoraba buen corazón y una cabeza excelente; tuvo sobre todo un entendimiento grande y poderoso, y no se dejaba arredrar por pequeñas dificultades.

— ¡Así es la verdad! exclamó otro de los circunstantes: Rousseau *hacia el papel* de sabio, y vino á ser un niño mimado que siempre está pidiendo halagos y caricias: mas Enjelberto, hollando ese modo de ser mujeril y esos sueños, fué un hombre *fuerte*, un *sabio*. Ahí está la diferencia. Rousseau se estaba lamentando de continuo de la corrupcion y maldad del mundo y de su modo de ser tan contrario á la naturaleza. Tambien aborrecia Enjelberto esta corrupcion; mas no se quejó, sino que aco-

metió valerosamente su empresa, y lo mejoró con ahinco y eficacia. No fué enemigo de los hombres, sino antes bien su amigo, y enemigo de la maldad. Los trató á todos como hombres extraviados, y logró encaminarlos por el buen sendero; no las hubo con los corazones, sino con las obras ruines. Muchos Rousseau hay en el mundo: pero ¡cuán pocos son los Enjelbertos!

— Pero ¿en qué consiste esto? preguntó uno de los presentes.

— Consiste, respondió el señor R..., en que la generalidad de los reformadores del mundo atesora la idea, mas no el obrar; en que alaba la virtud, mas no tiene denuedo para practicarla. Son unos menguados, sin ánimo ni valor para volver á la verdad y á la naturaleza que tan bien saben ensalzar. No saben el precio á que esas cosas se alcanzan: no tienen valor para prescindir de lo imprescindible, sin lo cual no es el hombre mas que un esclavo, segun ya dijo Enjelberto. Y dado el caso que hagan tamaño sacrificio, piden en contra una compensacion; quieren aprecio, consideracion, alabanza. ¿Quién quisiera ser maestro de escuela como Enjelberto, padecer todas las incomodidades de esta situacion, ser desconocido y perseguido, sin preguntar luego: « ¿Me admirará el mundo por lo que estoy haciendo? » Pues bien, ahí está toda la dificultad. »

M. DE F.

Visiones.

Pocos asuntos de la literatura médica han dado márgen á meditaciones mas dilatadas y contradictorias que la locura, tanto respecto á sus causas predisponentes é inmediatas, como por lo que hace á su mejor plan de tratamiento. Desde que la experiencia ha sido erigida en base única de toda doctrina, el camino mas fácil y seguro para dar con los principios generales que puedan regularizar nuestras investigaciones, así patológicas como terapéuticas, con especialidad en cuanto concierne al sutil é inexcusable desórden llamado *mania*, es el estudiar muy de cerca y desde su principio al fin algun caso bien señalado y sorprendente.

Cuando se le halla, es preciso afanarse en deslindar sus fases mas instantáneas de aquellos indicios transitorios que, de todos los caracteres de la dolencia, son quizá los mas veraces. Con esta mira presté una sostenida atencion el caso singularísimo y afectante, explicado en la siguiente narracion.

No publico el conjunto de mis observaciones; y lejos de presentarlas todas, recuérdanse solo aquellas que han parecido tener algunas referencias á la consideracion de la generalidad de los lectores y de los médicos. En el discurso de la exposicion se hallará justificada la extrañeza aparente del título.

El señor M..., entre los muchos de una crecida reunion, habia estado disfrutando la espléndida hospitalidad de la señora X...; sin separarse de ella hasta muy tarde, ó mejor dicho, hasta muy temprano por la mañana. Las hermosas mujeres, la música y el champaña le habian trastornado la cabeza, pero afortunadamente, á un tiro de piedra de la casa de donde salia, vió parado un coche de alquiler. Cuidadosamente embozado en la capa, llamó á sí todas sus fuerzas para encaminarse hasta aquel, siguiendo una línea medianamente recta, y á pocos momentos, con el paso regular de tortuga, propio de aquellos raquíticos coches, se puso en marcha para la posada de Lincoln; pues el señor M... era cursante de leyes. A pesar del transitorio regocijo ocasionado por las escenas que acababa de gozar, y de la excitacion proveniente de la parte principalísima que habia tomado en una discusion acalorada, aunque accidental, en presencia de unas treinta señoras de las mas elegantes, advirtió que iba cayendo en un abatimiento incalculable de ánimo. Estando todavía en casa de la señora X..., ya habia conocido él que al fin habló muchas veces solo por hablar, reparando en la perpétua interrupcion de la serie de sus pensamientos; y con aquellos á quienes se dirigia empleó suma impaciencia y palabras irritables. Tal vez debí mencionar que el señor M... era hombre de gran talento, pero mayormente de brillante imaginacion: y en aquella noche se habia lucido de un modo señalado con su asunto favorito de *diablería* y misticismo, hácia lo cual generalmente procuraba traer toda conversacion en que tomaba parte. Habíase particularmente extendido acerca del poder que poseia M. Maturin de excitar las mas espantosas y terribles ideas en las almas de sus lectores; y para probarlo señaló un notable pasaje de una de sus novelas, cuyo título he olvidado, en la cual el demonio se presenta repentinamente á la aterrada víctima en medio del silencio y tinieblas de su calabozo. Mucho antes que llegara á su casa, ya se habian disipado los vapores del vino, y cedido el influjo de la excitacion, quedando, en cuanto á la embriaguez, tan templado y sereno como nunca estuvo en su vida. Ignoraba el *por qué*, pero su corazón parecia mas y mas apesarse, así como el pensamiento mas y mas entristecerse á cada paso que le acercaba á la posada de Lincoln. Daban las tres de la mañana cuando entró por el sombrío zaguan del antiguo parador de la corte.

El absoluto silencio, la desmayada claridad de la luna luciente sobre los oscuros edificios, y el apagado centelleo de las estrellas, obraron á la vez en combinacion para realzar su nerviosidad. Al hacerme la descripcion, decía que le parecieron las cosas tomar un aspecto extraño, fantástico y sobrenatural. En la posada ni un se-

reno se oía cantar la hora, ni moverse un portero, ni viviente alguno se hacia visible en el ancho patio que atravesaba.

Al acercarse á la escalera de su vivienda, notó las palpitaciones de su corazón, y en una palabra, se sintió dominado por una extraña é inexplicable influencia, que si hubiese reflexionado un poco, habria conocido que emanaba puramente de un temperamento nervioso excitante, cuyo efecto era ejercido sobre una imaginación peculiarmente adecuada para simpatizar con el terror. Su cuarto estaba en el tercer piso; y al llegar, encontró la lámpara de la puerta vislumbrando con el último rayo espirante. Abrió, y despues de andar á tientas un rato por su gabinete á oscuras, halló el candelero; pero al querer encender la vela, apagó la lámpara. Bajó la escalera y vió que las lámparas de todas las demás puertas habian tenido la misma suerte que la suya: de modo que se volvió mucho mas enfadado, pensando ya en multar al portero por su tacañería de aceite, negándole el aguinaldo de costumbre. Gastado cierto tiempo en buscar, dió por fin con su bolsita de chispas, y se puso á sacar fuego, lo cual, á la verdad, para un soltero no era obra de un momento.

Con todo, la poderosa chispa cayó por último en el mismo centro de la suave yesca, el señor M... sopló, prendió aquella, se propagó, la pajueta ardió vivamente, y encendió la vela. Teniéndola en la mano dirigíase á la cama, cuando sus ojos descubrieron de soslayo un objeto que le hizo caer sin sentido en tierra. Los muebles del cuarto conservaban la misma disposición que al tiempo de salir él, habiéndose descuidado la patrona de venir á arreglar las cosas; la mesa, con unos cuantos libros encima, estaba retirada hácia la chimenea, y al lado la gran silla poltrona almohadonada.

El primer objeto visible con súbita distinción fué una figura sentada en la silla. Era la de un caballero vestido en traje de color oscuro, con sus manos blancas como el alabastro, juntas estrechamente sobre las faldas; y la cara, que miraba afuera, se volvía lentamente hácia el señor M... revelándole un semblante de color espantoso, facciones relucientes como el acero encendido al fuego, los dos ojos clavados en él, y abrasando, materialmente segun lo expresaba, abrasando con el mas horrible lustre. Mientras los ojos del señor M... estaban clavados en el aterrador espectro que le helaba de espanto, dejó este pausadamente su asiento, alargó ambos brazos, y cuando parecía acercársele, cayó aquel sin sentido en el pavimento, como atacado de apoplejía. Nada mas recordaba, hasta que hácia el medio día siguiente se halló en cama rodeado de su patrona, de mí, un boticario y algunos otros sugetos. Su estado fué descubierto mas de media hora despues que habia caído, conforme se pudo inferir posteriormente; y no lo habria sido entonces, sino por un lance verdaderamente afortunado. Se le pasó cerrar las puertas de fuera; y una vieja que acertaba á salir de la habitacion contigua sobre la hora de las cinco, al ver abiertas ambas puertas del señor M... en hora tan intempestiva, entrando en curiosidad y sobresalto, volvió por una luz á la habitacion de donde salia. Introdujose en el cuarto, y despues de llamarle repetidas veces por su nombre, no logró respuesta. Y ¿cuál se supondrá que habia sido la ocupacion de la vieja en el cuarto de al lado? Amortajar el cuerpo de su inquilino, un tal M. F..., que habia espirado á las ocho de la noche precedente.

El señor M... le habia conocido sin llegar á mucha intimidad; pero concurrieron en su muerte algunas circunstancias desagradables, que por solos motivos de mera simpatía afectaron bastante el corazón de M... Además de esta pesadumbre, sus amigos habian observado que desde poco tiempo vivia engolfado en un gran entusiasmo, debido al feliz adelanto de un negocio de sumo lucro é importancia (una dilatada empresa literaria). Atendiendo á su situacion actual, convinimos todos en atribuirle á un ataque apoplético; pues nosotros por de contado ignorábamos el susto, verdadera causa que yo no supe hasta mucho despues.

La huésped me dijo que con gran terror suyo habia encontrado al señor M... inmóvil, tendido á la larga en el suelo, perfectamente arropado con la capa, y con un candelero caído al lado. Al principio le creyó embriagado; mas viendo que todos sus esfuerzos para hacerle contestar eran en vano, reparando tambien en sus facciones fijas y el cuerpo atesado, llamó presurosamente en su ayuda á una compañera, á quien habia encargado el cuidado del cadáver en la puerta contigua, desnudó á M... y le colocó en cama.

Fué llamado entonces un médico de la vecindad, el cual falló el caso como una epilepsia, suficientemente apoyado en la aparicion de alguna espuma en los labios, en el prolongado estupor asimilable á sueño, y en las frecuentes convulsiones de violentísimo carácter.

Ningun alivio produjeron en los síntomas los remedios á que se acudió, y llegaron á tomar las cosas un aspecto tan amenazador y alarmante, que fui citado por el hermano, y á las dos me hallaba á la cabecera de su cama.

Tenia el semblante ofuscado y altamente intelectual, pues sus rasgos expresaban naturalmente gran capacidad y energía, anubladas ahora con una turbacion y horror bien significados. Inmediatamente que entré en el cuarto le sobrevino un terrible paratismo. ¡Ah! ¡qué lastimoso y repugnante espectáculo es ver la humanidad sujeta á semejantes diabólicos retorcimientos y tirantees, que tan súbita é irresistiblemente sugieren la idea de alguna causa vicia, terrible y excitante, con que no se puede atinar! Dirian que el pobre doliente es presa de algun emisario del averno, enviado para abofetearle.

Era M... hombre muy forzudo, y durante los paratis-

mos fué casi imposible para todos los presentes juntos reprimir sus movimientos. La espuma en la boca trajo á la mente de su desfavorido hermano la inquieta sospecha de si seria un caso de hidrofobia ó rabia, sin que bastase á tranquilizarle ninguna de mis protestas y seguridades en contra de aquel recelo: de modo que su aflicción acrecentaba la confusion de la escena.

Despues de ordenar lo mejor que supe, marché graduando el caso de una simple epilepsia. Durante el resto del día y noche, cedieron los accesos en intensidad y frecuencia; pero le dejaron en estado de suma postracion, de la que, no obstante, pareció recuperar velozmente en el espacio de los cuatro días inmediatos. En aquel concepto me hallaba á las dos horas de hacerle una visita, cuando de pronto fui llamado con la novedad de que se habian manifestado síntomas de indisposición mas alarmantes que nunca.

Corrí á su cabecera y encontré que no habian abultado el riesgo. En la escalera ví á uno de sus amigos, quien me dijo que media hora antes, mientras él y el señor C. M..., hermano del paciente, estaban sentados á la orilla de su cama, se volvió él súbitamente al último, preguntándole con voz desconfiada y llena de terror:

— ¿Ha muerto M. F...?

— ¡Ay, querido! Sí, murió algunos días hace, se le dió por respuesta.

— Pues él fué, dijo á media voz el enfermo. Él era el que yo ví, y seguramente está... *condenado*. Sí, Dios misericordioso... es él... continuó alzando la voz hasta el tono de un fuerte bramido... y las llamas le han reducido la cara á cenizas... ¡Qué horror!... horror... horror...

Cerró entonces los ojos, y volvió á guardar silencio por unos diez minutos, á cuyo tiempo exclamó:

— Escuchad... he... aseguradme... atadme... ponedme fijo, si no, me estrellaré sobre vosotros y os destruiré á todos, porque me vuelvo loco, yo lo siento.

Calló y empezó á respirar acelerada y hondamente, como si la caja de su pecho alentase oprimida por un peso enorme, evidenciándose por sus entumecidas y trémulas facciones el espantoso tumulto interior.

Luego comenzó á rechinar los dientes, y sus agrandados ojos relumbraban en todas direcciones, á la manera que si fuese siguiendo los movimientos de algun objeto espantoso, murmurando con fiereza al través de sus apretados dientes:

— ¡Ah! ¡libradme de él... libradme... libradme!...

Lastimoso era verle tendido en tal estado, rechinando los dientes cual si los estuviera moliendo en polvo, con los amoratados labios cubiertos de un feston espumoso, las facciones abotagadas, torcidas, negruzcas, dando á su cara una expresion singularmente horrible é infernal; los ojos bizeos ó vueltos arriba, de forma que solo podian verse sus relucientes blancos.

Todo su cuerpo estaba tieso, y habia cerrado los puños como si jamás hubieran de abrirse. Por mas familiarizados que estén los médicos con tal género de espectáculos, no puede uno menos de conmoverse si se ha de encarar con semejantes objetos.

En el presente lance, cuantos rodeaban el lecho del infeliz paciente permanecian de pié, temblorosos, pálidos sus rostros y demudándose por momentos. El torvo y fijo revolvimiento de ojos en los enfermos epilépticos me llena de horror siempre que traigo su imagen á mi memoria.

La reiteracion de estos accesos epilépticos, despues de tal intervalo y con tanta violencia, me sobresaltó con recelos de que sobreviniera, como frecuentemente acontece, la apoplejía ó bien una locura rematada. Lo mas particular era que nunca se le hubiese conocido á M... ataque alguno epiléptico anterior al actual, hallándose entonces en la edad de veinte y cinco años. Conjeturando estaba yo sobre qué repentino susto, ó accidente de cualquiera especie, como una congestion de los vasos del cerebro por la embriaguez, podian haber originado la presente accesion, cuando mi enfermo, cuyas facciones gradualmente se habian rebajado otra vez á su talante natural, dió un suspiro de consumimiento, se calaba de sudor, y dijo alguna cosa entre dientes antes que pudiéramos comprender las palabras de:

— ¡Oh, me ha lastimado el espectro... me ha lastimado el espectro! cuya expresion adopté para encabezamiento de este artículo, y añadió:

— Jamás recobraré.

Aunque bastante sorprendidos y perplejos acerca del valor de aquellos términos, ninguna importancia les dimos y procuramos desviar los pensamientos de su fantasía que al parecer la embargaban, ocupándonos al efecto en indagar la naturaleza de los síntomas. Con todo nos desatendí, y cogiéndome flojamente la mano entre sus pegajosos dedos, y mirándome con languidez, balbuceó:

— ¿A qué... ¡oh! á qué ha entrado el *enemigo* en mi cuarto?

Y sentia yo que todo su cuerpo tiritaba con un frio temblor:

— ¡Pobre F..., horrible suerte!

Al oírle mentar el nombre de F..., todos nos miramos simultáneamente y sin hablar, pasando ante nuestros ánimos la fugaz sospecha de si sus sentimientos penosamente trabajados, obrando sobre una fuerte imaginación y siempre teñidos de supersticiosos terrores, le habrian conjurado algun objeto horroroso, capaz de amedrentarle casi hasta la locura, ó probablemente alguna aparicion figurada de su vecino difunto. Otra vez comenzó á lanzar profundos y largos gemidos, que gradualmente fueron reemplazados por un sobrealiento grave y estertoroso, con cuyos síntomas y otros, como por ejemplo el pulso,

que daba cada minuto 445 latidos, me decidí á opinar que estaba padeciendo una vehemente congestion en los vasos del cerebro. Mandé practicar una sangría copiosa, raparle la cabeza, y que constantemente se la tuviesen cubierta de paños empapados en fomentaciones refrigerantes: además dispuse vegigatorios para detrás de las orejas y la nuca, juntamente con los remedios internos mas apropiados. Me separé de él barruntando las peores consecuencias, pues ya habia tenido antes á mi cuidado el caso idéntico de una señorita, que yo sospechaba de fuertemente análogo al de M..., y la cual murió de pavor. Vino á tener casi los mismos síntomas que principiaban á presentarse en mi actual paciente; un repentino insulto epiléptico, que acabó por un furor vehemente, destruyéndole todas las fuerzas físicas é intelectuales, y acabando con su existencia (1).

A la mañana siguiente, á cosa de las once, pasé otra vez á la habitacion del señor M..., donde me hallé con

(1) Aunque falto de tiempo, me veo precisado á dar en una nota mis recuerdos del caso aludido. Los acontecimientos tuvieron lugar en el año 18... La distinguida señorita X..., jóven de diez y ocho á veinte años, y dotada de propension altamente fantástica, se entregó á la literatura de su gusto, dándose á leer novelas y cuentos, señaladamente aquellos que tratan de asuntos ajenos de lo terrestre. Expulsaron de su cabeza todas las ideas de la vida *real*, viéndosela mañana, tarde y noche, devorar páginas de alguna novela. La consecuencia natural de todo esto fué volverse la criatura mas medrosa y fantástica del mundo. Llegó á constituirse en tal grado de sensibilidad ó delicadeza morbosa y aprension, que apenas osaba quedarse sola, ni aun de día, y en cuanto á la noche, siempre tenia un par de velas ardiendo en su alcoba, y su camarera durmiendo con ella al lado de la cama.

Una noche, sobre las doce, retirábase á la cama la señorita X... y su criada, absorta la primera y arrebatada con las escenas de un cuento helador que hacia una hora solamente acababa de leer. Tuvo la doncella precision de bajar otra vez para ir á traer algunos papeles de bucles, y al bajar la escalera, antes de llegar al descanso primero, oyó salir del cuarto de su señorita un desmayado alarido. Retrocediendo la criada, vió á la señorita X... tendida sin sentido en el suelo con ambas manos tapándose fuertemente los ojos. Al punto despertó á toda la familia; pero vanos fueron sus esfuerzos, porque la paciente estaba con una accesion de epilepsia, y reclamaba el auxilio de médicos, siendo yo uno de los primeros llamados. Por espacio de dos días permaneció en un estado perfectamente parecido al que presenta la descripcion del señor M..., mas al cabo de una semana, recuperó su conocimiento y pudo seguir una conversacion serena y trabada. Me dijo que habiéndose asustado, cayó en el paratismo, pues en la noche aludida, á pocos instantes de salir la doncella, sentóse delante del espejo de cuerpo entero, á cuyos costados ardian dos velas en sus brazos de candeleros. Apenas estuvo sentada, valiéndome de sus expresiones, «la cogió una expresion extraña,» sintiéndose fria y convulsiva. Como la alcoba era espaciosa y oscura, no le supo bien quedarse sola. Se levantó para ir hácia la cama por su cofia, y al descender las pesadas cortinas de damasco, oyó hácia la orilla opuesta del lecho una especie de crujido como si alguien hubiera saltado. Tembló, y dábala el corazón recios latidos. No obstante, volvió á tomar su asiento, entrando de nuevo en si misma al oír los pasos de la criada.

En el momento indivisible de dirigir los ojos al espejo, descubrió el contorno de una figura puesta de pié tras de ella, con espantosas facciones y un plumaje ondeante de fiero color lánguido: lo que siguió ya queda referido. Sin embargo, debilitado á la larga su espíritu, y desarregladas sus potencias físicas habia recibido un choque tan tremendo, que no podia reponerse aceleradamente. Un día ó dos despues de haberme la señorita X... contado lo recién expuesto, sufrió una recaída súbita é inesperadísima. ¡Ah! ¡qué desapiadada é infernal *epilepsia*! ¡Cómo hacia bregar aquellos tiernos miembros! ¡Cómo se retorcián y estiraban aquellas lindas y graciosas facciones! Contemplar los ojos de la hermosura sujetos á la horrible traspuesta en blanco susodicha, y los delicados dedos volverse negros y empuñados; de los labios brotar espumarajos, rechinar los dientes... ¿No habia de conmover y partir el corazón del observador? Partió el mio, sin embargo de estar acostumbrado á espectáculos semejantes.

Por último, sobrevino la locura, aprisionando por cerca de un año entre sus redes á la desgraciada víctima. Fué trasportada á un asilo privado, y por espacio de seis semanas encadenada á un cepo, á mas de aguantar una estrecha camisola. Vila una vez en uno de sus mas frenéticos arrebatos. *Maldecia* y *blasfemaba* del modo mas diabólico, aullaba, reia, cascaba los dientes y escupia. Habia sido rapada á navaja, privándola de una hermosa cabellera, que apenas tenia entonces media pulgada de largo, de forma que dificilmente por la cabeza podia parecer mujer. Tambien rodeaban los párpados oscuras ojeras, y su boca estaba desfigurada por la hinchazon de labios y lengua, que cruelmente se habia mordido. Hizome seña para que fuese cerca de ella, y distraídamente fui. Cuando me faltaba solo un pié para llegar, dió hácia mí un repentino y desesperado empujón, gesticulando con sus labios como si pretendiese despedazarme, á la manera de una tigre su presa. Gracias á que sus manos estaban aseguradas con esposas, no fui maltratado, como podia haberlo sido, y como una vez lo fué la enfermera, á quien le arrancó de un bocado el dedo meñique al tiempo de darle de comer.

Cuando estuvo suficientemente restablecida, en términos de poderse extraer de la casa, fué llevada por consejo mio al Mediodía de Francia, no permitiéndola el quebrantadísimo estado de su salud sobrevivir al viaje mas de tres meses.

¿Quién puede negar que esta infeliz jóven pereció víctima de los pestilentes efectos de las leyendas novelescas?

tres ó cuatro miembros de la familia, entre ellos dos hermanas casadas, sentados en rueda á la chimenea de la antesala, guardando todos un mustio silencio. Acababa de salir el boticario, pero por instantes se aguardaba que volvería para celebrar conmigo una consulta.

Mi paciente quedó solo en su alcoba, durmiendo y en apariencias mejor de lo que habia estado desde su primer ataque. Solo un ligero parasismo habia tenido por la noche, y aunque habia desvariado un poco despues de oscurecer, el resto de la velada lo pasó tan sosegado y quieto, que los amigos empezaron á desistir de sus recelos de locura, de modo que, segun dije, fué dejado solo, pues la enfermera, un poco antes de mi llegada, se apartó de su asiento á la cabecera, creyéndole en un suave y natural dormir, y al oído se me insinuó que me entretuviese á conversar con los parientes de M..., sentados en la sala primera.

Al oír tal relacion acerca de mi paciente, me senté sosegado entre su familia, determinado á no perturbarle, á lo menos hasta la llegada del boticario.

Así nos ocupábamos á media voz en informarnos de la enfermera, cuando una recia carejada venida de la alcoba impuso repentinamente silencio á nuestros secretos y nos volvió á todos pálidos.

Temblamos de piés á cabeza y apenas dábamos crédito á la evidencia de nuestros sentidos.

¿Podia ser M.? Por fuerza, si ningun otro habia en el cuarto. ¿De qué, pues, reiría él? Mientras de pié, enmudecidos y pasmados nos mirábamos unos á otros con grande agitacion, repitióse la carejada, larga y recia, acompañada del ruido de pisadas, como si atravesasen el cuarto, ó cual si alguien saltase. Las señoras se pusieron mas pálidas que antes, y cayeron en sus sillas, hablando entre sí con voz apagada de terror. Yo, que al lado de la señora mas jóven aguardaba que de un momento á otro quedase en mis brazos desmayada, dije á la enfermera:

— Id á ver lo que pasa.

— ¡Señor médico!... ¿entrar? Yo... yo... no me atrevo: balbuceó la enfermera, blanca como el papel, y temblando como una azogada.

— Pues venga Vd. acá para sostener á la señora, contesté, que yo iré.

Vacilando vino á mi sitio la enfermera en un estado poco discrepante del de la señora que debia socorrer, pues mientras yo hablaba, habia estallado en el cuarto una tercera carejada, larga, recia y estrepitosa. Despues de prevenir á las señoras y enfermera que guardasen profundo silencio y no trataran de seguirme hasta que yo las llamase, me adelanté muy quedito hácia la puerta del cuarto, abriéndola despacio y suavemente para no alarmarle. Dentro estaba todo en silencio, pero el primer objeto que se me presentó, cuando llegué á ver cómodamente lo interior de la sala, jamás puede borrarse del alma hasta el día de mi muerte.

El señor M... se habia salido de la cama, sacándose la camisa, y puesto al tocador, donde, completamente desnudo delante del espejo, tenia en la mano derecha una navaja de afeitar, con la cual acababa de echarse abajo las cejas, mirándose ansiosamente al cristal, y con la navaja levantada sobre la cabeza.

Al ver abrirse la puerta y asomando mi cara dirigida á él, miró de frente hácia mí, excitando las mas espantosas ideas al chocante aspecto de su rostro privado de unas facciones tan sobresalientes como las cejas, la cabeza enteramente pelada, el atroz fuego de furor que lanzaban su relumbrantes ojos, y á todo esto blandía la navaja por encima de su cabeza, poniendo en el cielo gritos de:

— Oh... oh... oh... ¿qué opina Vd. de esto?

Imploro de la misericordia de Dios no volverme á encontrar en tan arriesgadas circunstancias, ni tener otra vez oprimido el espíritu con un torrente de horror como el que se descargó sobre mí en aquel momento. ¿Qué habia de hacer? Obedeciéndole á un súbito impulso al entrar en el cuarto, habia yo cerrado tras mí la puerta;

y si alguno en la antesala queria abrir de nuevo, hacer un ruido ó perturbacion cualquiera de resultados de sus emociones, ¿qué iba á ser del loco ó de nosotros? En un instante podia casi desgajar su cabeza de los hombros, embestir á mí ó á sus hermanas, y hacernos algun mortal desaguisado.

Conocia interiormente que las vidas de todos nosotros dependian de mi conducta, y devotamente doy gracias á Dios por el buen recado de presencia de ánimo que me fué concedida en aquel atribulado momento. Seguí en pié como una estatua, inmóvil y callado, procurando fijar los ojos en él para hacerme dueño de su vista; y logrado esto, ya tuve algunas esperanzas de habérmelas con él.

Por parte suya ya no habló mas, y yo creí que iba des-

caeciendo y que le habia subyugado; cuando de pronto casi desesperé, pues en aquel trance imponente, oí tarte el pestillo de la puerta, abrirse empujada suavemente, y asomóse por ella la enfermera ó una de las señoras. Tambien la oyó el maníaco, desvaneciéndose la fascinacion con que yo le habia encantado, y de un arrebato saltó varias veces sucesivamente al aire, blandiendo la navaja sobre su cabeza como antes.

Mientras él se ocupaba en estas cabriolas, volví la cabeza presurosamente á la persona que habia tan cruelmente desobedecido mis órdenes, poniendo así en peligro mi vida, y en voz baja dije:

— Riesgo corren vuestras vidas... amenazada está la mia... cerrad la puerta... fuera, fuera... ca... si no, somos todos asesinados...

Fuí obedecido, retiróse la entrometida, y oí un zarpazo como de haber caido ella en tierra, probablemente desmayada. Afortunadamente se hallaba el furioso tan empeñado en sus extravagancias, que nada observó de lo pasado en la puerta. Despues supe que habia sido la enfermera quien intentó descubrir lo que dentro sucedia.

Mis instrucciones fueron cumplidas á la letra, pues se mantuvo el mas profundo silencio, interrumpido solo por un lánguido suspiro, que yo no habria querido percibir; mis oídos continuaban prestando atencion al rumor mas leve. Pero volvamos á mí mismo y á mi formidable compañero de cuarto.

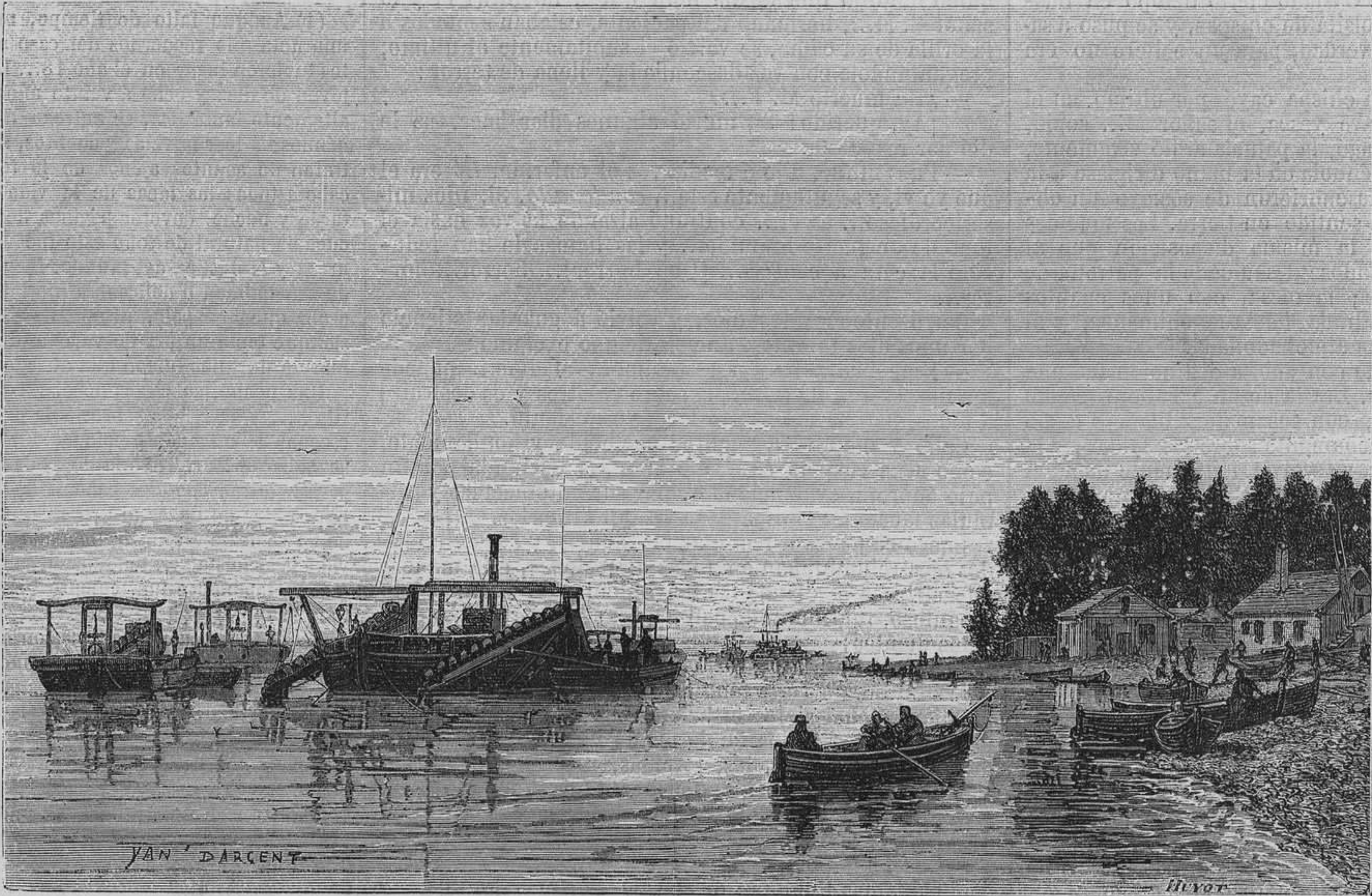
— ¡Poderoso talisman! exclamó teniendo delante la navaja y mirándola apasionadamente. ¡A cuán vil é in-

fame uso te condenan los hombres por lo comun!

Prosiguió de pié, con los ojos inalterablemente clavados en el arma mortífera. En todo este rato, permanecí sin despegar los labios, ni mover un dedo, aguardando á que nuestros ojos volvieran á encontrarse nuevamente.

— ¡Ah!... ¡Doctor! ¡Cuán fácilmente os reduzco á la inaccion sin mas que este instrumentillo!... ¡así! voceó alegremente, tomando al propio tiempo una postura del ejercicio de la esgrima; mas reparé que *cuidadosamente evitaba hallar otra vez mi vista.*

(Se continuará.)



Recoleccion del ámbar en las cercanías de Mœmel.

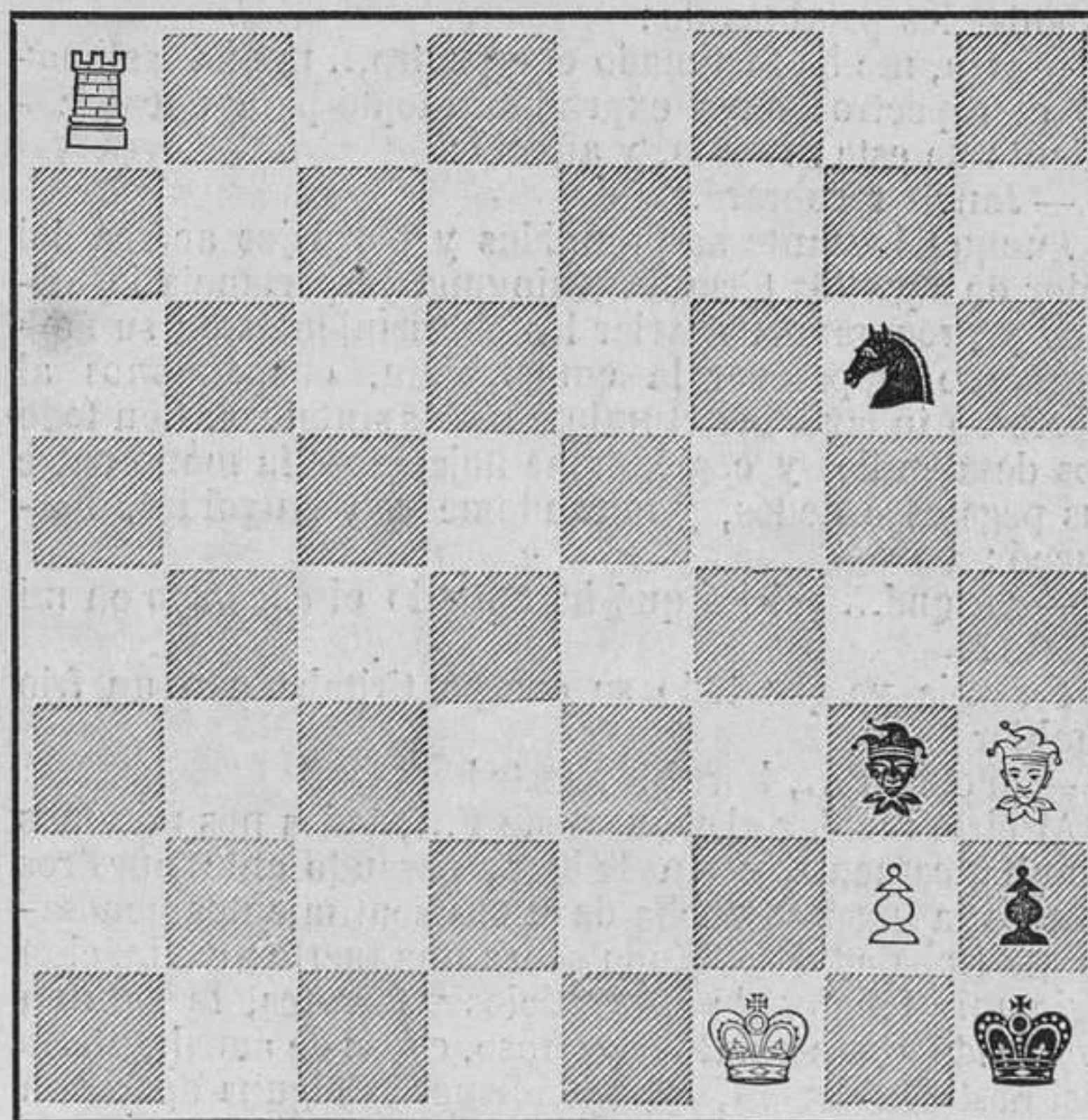
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 302.

- | | | |
|---|---------------------------|-------------|
| 1 | R 7ª A | T 5ª A |
| 2 | R 8ª R | Cualquiera |
| 3 | C 5ª Rª ó T 4ª R ó P 3ª R | jaque-mate. |

PROBLEMA NÚMERO 303, POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Recoleccion del ámbar

EN LAS CERCANÍAS DE MOEMEL.

El ámbar amarillo «sustancia untuosa, parecida al oro, límpida y trasparente,» pertenece al reino vegetal, es una resina fósil, diáfana y que puede pulimentarse. La ciencia nos enseña que es producto de una especie de conífero antediluviano, del que ya no se encuentran mas que las semillas y los conos: primitivamente era flúido, como lo prueban los insectos y los residuos de plantas que á veces contiene.

Los antiguos conocian el ámbar que entraba en los objetos de lujo de los romanos. Los griegos le llamaban *electron*. Principalmente nos llega de las inmediaciones del mar Báltico. En estos últimos tiempos se ha descubierto en la bahía de Kurisch-Haff, á 45 kilómetros Sur de Mœmel, un rico banco de ámbar amarillo, del cual en un solo año el comercio ha sacado mas de 35,000 kilogramos de esta sustancia. Nuestro dibujo representa la recoleccion de esta preciosa materia en el lugar donde se ha hecho el hallazgo. Este ámbar no debe confundirse con el que se llama *ámbar gris*, que pertenece al reino vegetal y que es un alimento que cuenta con muchos aficionados.

C. P.